

R. ARTURO DESPOUEY

---

---

**OBRAS del MISMO AUTOR**

*(Hay un novelón infame, publicado en 1927... pero, por favor, no digan Vds. nada).*

**FILMS EN PREPARACION**

*Actualmente el personal del "studio" está de vacaciones. En Marzo se comenzará el rodaje de "El Hombre en la Ciudad", película sonora, parlante y musical.*

**EPISODIO**

*(Film literario)*

*C. 104.111*

RIO DE LA PLATA

1930

---

---

*Dr. 5. E. G.*

EPISODIO



*Editorial "CAMPO", Rio Branco, 1478*

## D O S P A L A B R A S

Ya están dichas: pero éstas que siguen son para pedirlos permiso, flamantes espectadores de este "film" literario, para decir algunas más.

¿Os habéis extrañado del calificativo aplicado a este "episodio", que según el humor o la prisa de cada lector, puede transformarse indistintamente en una novela o en un cuento?

(Pues bien: aquí entre nosotros, si me prometéis guardar el secreto, os diré que tengo muchas sospechas de que eso de "film" no sea nada más que una especie de etiqueta más o menos hábilmente aplicada a lo que vais a leer... o mejor dicho, a presenciar. ¡Cuesta tanto ponerse a hacer una cosa enteramente nueva! Y además, está ese tonto refrán que relaciona a las novedades con el sol. Es, además de mi disculpa, la de algunos novelistas de segundo orden).

Un "film" se diferencia de los libros nacionales en que es para el público. (Los libros nacionales los leemos solamente algunos amigos heroicos de los autores).

Y además se caracteriza porque, cuanto menos argumento tenga, más seguro es el éxito. Claro que no vamos a cometer la vulgaridad de defenderlo solamente a base de presentaciones de una mujer en "lingerie"... Por otra parte, por la calle, a veces, las señoras van más desvestidas que en la intimidad.

Así es que podéis imaginaros que el argumento

pertenece a cualquiera de esos "scenario-writers" húngaros (generalmente son húngaros) que están a sueldo en cualquiera gran empresa norteamericana, y que se llaman, por ejemplo, Lajos Biro. Nombrecito que queda muy bien con un título como "La culpa de Vilma Hansen" o "El monopatín histérico", que es como podríamos llamar a este "film". Pero no hay que olvidarse de que es, también, literario... y por eso le hemos puesto "Episodio", título poco comprometedor, como los nombres de los maridos con que ciertas mujeres llaman a sus amantes, por si acaso, para no confundirse después.

Para hacer una innovación, he contratado a una docena de operadores que tan pronto soportaron los sueños de cielos fríos y nieves verdosas de Fritz Lang, como asistieron al impresionante devorar de decorados de Pina Menichelli en los buenos tiempos de la "Caesar Film". Es decir, objetivos y puntos de vista tan diferentes, que no es extraño que cada acto haya salido de un carácter bien particular. Los hay de un romanticismo agudo, que yo no sé como no he cortado por entero (el segundo y el quinto, por ejemplo): los hay de una dramaticidad especial para empleadas de Gath y Chaves o de London-París (ya lo veréis); otros espectaculares y con tintes arrancados a alguna cinta de Cecil B. de Mille; otros ligeramente cínicos, que he dejado para los espectadores que han hecho su viajecito a Europa y que se hacen la ilusión de que el ambiente los transformó por completo, y otros, casi, casi, de vanguardia, para los que admiran los saltos de foca que dan las cámaras bajo la dirección de Carl Th. Dreyer o las danzas de los trapecios en "Varieté". He contemplado así las exigencias de todo el mundo, cosa que no hacen los norteamericanos, verbigracia, que se contentan con imponer a los demás las suyas propias. Y no puedo negarme que el "en-

semble" aunque irregular, como para ser exhibido en ese club cinematográfico — no lo calificaremos — de los "Amigos del Arte", es bastante divertido.

De film tiene la rapidez en las imágenes, la insustancialidad, que parece condición indispensable en casi todas las cintas que se estrenan por esos mundos, y la sugerencia de cualquier detalle material. Lo que dijámos, en un libro, la entrelínea. Por otra parte, yo no creo que un libro exista. Lo construye cada lector, en las entrelíneas, con el pobrísimo material que le ha ofrecido el autor. Su sensibilidad y su perspicacia (o su idiotéz) van formando cada período. Es por eso que, vuelto a leer un libro después de un tiempo, nos parece distinto. Ya no somos capaces de construirlo como antes.

¿No es verdad que ésto es bastante original? (No sé a quién se lo oí).

Claro está que hallándonos en plena boga de las cintas parlantes, no podía menos este "film" que haber adoptado la innovación. Ruego a los espectadores, pues, que cuando lleguen a un diálogo, se sirvan leerlo en voz alta. (Así no podrán decir que la primera actriz tenía la voz gangosa). Y que cuando venga una parte musical, hagan el bien de sentarse junto a la Victrola y tocar lo que se indica aquí. (Cuando estén en un trozo muy aburrido del "film", hasta los autorizo a que pongan un "vals" pegajoso, como "That little thing called love" (el que no sepa inglés que se arregle, como dice Paul Morand, que tiene la mala costumbre de no acompañar jamás la traducción).

Además, hay que leerlo en una hora y media: el tiempo justo de exhibición. Nada de detenciones en cualquier pasaje que os guste mucho — ¡que queréis, yo soy así de optimista! — so pena de "perder el hilo" y la sincronización de la cinta sonora.

Y en fin, puede ser que siguiendo escrupulosa-

mente estas indicaciones y teniendo una vecinita tentadora, si se trata de un El (ellas ya se encargan de tenerlo a su gusto)... puede ser que, después de todo eso, salgáis nada más que bostezando de la sala.

Podría extenderme en muchísimas otras consideraciones, diciendo por ejemplo que he hecho "vampiresa" a Vilma Hansen, a pesar que la vampiresa es un utensilio literario completamente "demodé", porque en un "film" que se estime es indispensable la presencia de una mujer perturbadora, aún después de la retirada de Nita Naldi, que anduvo, según dicen, peleada con el marcador de la balanza.

¿Pero para qué? Ya vosotros habéis mirado varias veces la concurrencia de la sala, y habéis escuchado impertérritos los berridos del "singer" de la "jazz", en perpetuo "match" musical con el "contrafagot". (Record de palabras extranjeras en una frase).

De modo que... (iba a decir, como las "commeres" de revistas, "¡Arriba el telón!"): —¡Apáguense las luces!

DESPOUEY PRODUCTIONS, INC.

presenta

E P I S O D I O

Copyrighted MCMXXX

(Derechos reservados para Sud América)

Y como aquí se oyen algunos golpes de ciertos bastones mal educados, el operador corta el Reparto y la andanada de nombres de "supervisores", "editores", "jefes de vestuario" y otras yerbas, que lleva toda cinta que se estrene... y ahí va el film:

MARTA! ¡Marta! ¿Qué te pasa?

Estaban de vuelta de Maxim's. Aún tenía él en la boca el sabor impreciso de aquel minuto de "jazz", de estiradas carcajadas negras, de sombrío cansancio a través de los juegos de luces. Aquel sabor estaba reclamando tres o cuatro copas, de inmediato... Y cuando iba a salir del apartamento, he aquí que ella palidecía, tornaba a respirar anhelosa, como si la música del "dancing" hubiera impreso un ritmo loco en sus arterias frágiles y finas, y reclamaba su inquietud con una mirada alejada, íntima.

—Nada, Ernesto, no es nada — pretendía desmentir ella con sus palabras. — Tú ves... Fatiga... nada más que fatiga... Pero ya estoy mejor.

—Acabo de llamar a Michel. Enseguida estará aquí... No te inquietes, Marta, por favor — contestó él con voz grave.

Y otra vez, tras aquella preocupación inmediata, vino a él el cerco de lo frívolo. Sobre el diván, sobre la mesita del salón de recibir, Marta había desparramado aquella tarde un poco de París. Diseños de Erté, "exclusivos", como toda su pantomima artística, para aquel próximo baile de trajes. El último libro de Apollinaire. Un perfume nuevo de Chanel que recogía en esos momentos el sufragio de todos los "snobs". Cerámicas del Boulevard Haussman, algún modelo de Louiseboulanger, curiosidades más o menos auténticas de Corot...

Cuando recién habían unido sus destinos, Marta y su marido estaban aún empeñados en recorrer la Europa artística, sabia y de romance. Luego vino la acrobacia de la vida, el ínfimo obstáculo diario, el reclamo continuo de todo lo pequeño, desgaste de ilusiones, de propósitos, de voluntades.

Sólo veinticuatro años después realizaban el viaje. Y las ciudades les arrojaban ahora su carcajada cosmopolita y absurda. ¡Aquel París, aquel París!... ¿Era acaso el que hubieran deseado ver y sentir? Pero no se podía reaccionar; los médicos sólo ordenaban distracción, aturdimiento. Distracción, aturdimiento, eran los únicos remedios para las extrañas crisis nerviosas de Marta. Y también el único motivo de aquella partida repentina, cuando sus almas estaban atadas con tientos de querencia al lugar nativo y sólo esperaban, como un supremo regalo, la paz.

Los cincuenta y dos años de Ernesto tenían una sola verdad: la de que la vida se aprende en los labios de una mujer. Relativa, como todas las verdades; puesto que el tiempo lo había ido convenciendo de que no es en los de una mujer, sino en los de muchas mujeres... Tenían, también, muchas mentiras; aquella expresión irónica en su rostro, por ejemplo. El ironista está de vuelta hasta de lo exterior. Y él observaba, no era un indiferente... Pero aún pretendía vivir en sí mismo. Todavía estaba yendo a lo interior. Y como en lo íntimo viven casi todos los hombres, aunque no quieran apercebirse de ello, andaba deslumbrado por el mundo, naciendo a cada instante, pensando apresar un secreto cuando tenía entre los dedos el polvo inútil de lo que ya no sirve.

Ernesto creía que sus sienes plateadas hablaban de muchas otras verdades suyas. Ignoraba que eran de esas verdades que cientos de miles de hombres arrojan, al vértigo de todos los días, como un

fardo estúpido, que llevaran hasta entonces sin sospecharlas lugares comunes o variaciones sobre un tema viejo y descolorido.

Y Marta era una mujer. Tanto más mujer cuanto más defendía la ilusión de sus treinta y ocho años cumplidos hacía quién sabe cuánto. Una mujer; un poema o una catástrofe; la voz de la carne, el anhelo sin fronteras, o la negación... Nada más y nada menos que una mujer.

Ya ninguno de los dos estaba sabiendo qué habían dejado veinte y cuatro años de matrimonio entre ellos, fuera de Fred. Quizá, en resumen, no fuera más que la costumbre de vivir juntos. Pero quizá también esta costumbre, poco avara, distribuyera una sensación de cariño en sus silencios, sus besos aislados y sus frases hechas. Lo cierto es que la enfermedad de Marta había puesto tibieza en el juego inseguro de su cordialidad y los había acercado mucho. Se conformaban ya con una pálida evidencia de amor...

\* \* \*

Y ahora, de repente; las alfombras amordazando un taconeo. Una sonrisa suave y una voz áspera:

—El Dr. Michel espera en el "hall", señor.

Y Ernesto mordisqueó el "Está bien".

Pero como percibió que la inquietud se iba antes que él de la habitación, la corrió en un ritmo de ausencia.

—Lo de siempre, amigo, lo de siempre — respondió Michel al interrogante de su mirada. — El corazón flaquea... A Marta la consume un mal lento, incurable.

—¿Y una tentativa?

—Diez... Regresar a Montevideo, por ejemplo.

—¿Cree Vd., Michel, que...? ¡Ojalá! En cuanto esté algo mejor Marta... sí, sí, nos vamos, Michel. Claro que con mucha calma...

Y tras una brevísima pausa:

—¡Y Vd. se nos queda en París!

—No me necesitarán, amigo mío. Yo nada puedo hacer ya. Sólo la vida tiene juego en esta vuelta...

Sin saber por qué, estas palabras despertaron en Ernesto la sensación de Vilma Hansen. Para él, Vilma era un trozo de kohl en los ojos rasgados y una sonrisa leve y venenosa como ciertos perfumes de Singapur. La frecuentación de aquella mujer era, casi, casi, una frecuentación de la fatalidad...

Los demás podían ver en ella otras cosas; una figura alta, estatuaria; un busto tan perfecto que era casi un ritmo, y, sobre su tez morena, una mata de pelo negroazulado y abundosa, que ella peinaba de una manera extraña y absolutamente personal... El sólo veía el trazo y la sonrisa.

¿Era por eso que la odiaba? Ernesto aún no se había confesado que el odio no tiene explicación. No había querido advertirlo, porque el suyo se alimentaba de cosas leves, de una manera tan recogida y tan salvaje, que en muchas ocasiones se acercaba al amor.

Los amigos, en cambio, no se complicaban la vida. En los corrillos de París, para abreviar, circulaba una definición: "ménage-a-trois". Ernesto, refugiado en su oscuro sentimiento, no sabía nada, no sospechaba nada. ¿Y cómo hubiera podido luchar él ni nadie contra aquella impecable perversidad intelectual de los "amigos"? Era el tributo a París, que estaban pagando él, su mujer y la otra. Y en los corrillos se reía, con la gran risa de la ciudad, con la risa que encontraba ingenuo, pasado de moda, completamente "Bernstein" el equívoco...

\* \* \*

La madrugada agonizó con aquella promesa de Michel. La tarde siguiente nació para Vilma Hansen con una sonrisa de Saint-Leu-la-Forêt.

Vilma había acudido al templo de Wanda Landowska, la clavecinista. A pesar de que Julián Clarence había "standardizado" los rasgos del lugar en miles de tarjetas postales, todavía los cipreses le parecieron como una blasfemia de la tierra cansada de tanta belleza. Ondas sonoras con compases de François Couperin Le Grand la recorrían siempre, como en una caricia de amante viejo y aburrido; y sólo se sentía "á son aise" — tierra de Francia, no podía sentirse nada más que "á son aise" — cuando veía Scarlatti, con su desbordante riqueza de melodía y renacimiento, con sus encendidas caricias de amante joven.

Wanda Landowska era una invariable túnica de terciopelo y una sonrisa ambigua, como una reproducción barata de la Gioconda. ¡Ah! me olvidaba: era, además, un alma.

Cuando se sentaba junto al clavecín adoptaba una "pose" de amante crepuscular que se dispone a buscar en un secreter las cartas del amor viejo y esfumado. Y cuando sus dedos jugaban con la tela de araña de los sonidos, tenía todo su cuerpo de pintura de Ghiberti la misma amorosa solicitud, el mismo misterio de una lectura furtiva a solas.

Un "Rolls" estaba plantado frente a la pureza rectilínea de la casa blanca, tal una joven de labios pintados frente a la sonrisa de semitono de la concertista.

—¡Oh, era demasiada gente! — pensó Vilma. Pero aún así, le resultaba sofocante tanto arte de una sola vez. (Estamos escandalosamente acostumbrados a lo importante.)

Había un ruso con una mirada de perro de presa y unas manos inofensivas. Una norteamericanita

demasiado linda, que no tenía derecho, por eso mismo a interesarse tanto por la música antigua. Y Suzy Heribelle, su amiga, con una expresión tan cansada en los ojos, que luego de un ultrarrápido proceso sentimental, todo hombre que recién la conociera sentía que la había amado hasta el hartazgo. Los demás no tenían importancia; un ministro, un director de Conservatorio, un as de la política y un concertista de fama.

Cuando la maga del clavecín terminó una sonata de Mozart, todos sintieron esa sensación de tener que ir a buscar el espíritu por algún rincón, donde se hubiera quedado olvidado como un pañuelo. Landowska había hecho despertar muchas, muchas cosas. Hasta el espíritu: eso que casi todos creen definitivamente dormido. Pero — pensaba Vilma — los visitantes resultaban de una ingenuidad irritante. Eran capaces de no darse cuenta de aquello, de todo aquello...

Luego venía fiebre de música. Allá en París, las marimbas y los glockenspiels del "Florida", los tziganos del "Rat Mort" hacían demasiados juegos de prestidigitación con los sonidos como para que uno supiera dónde quedaba la música, después de todo. Y ahora, como esa moneda desaparecida en el bolsillo del ilusionista y que luego se encuentra en el chaleco de cualquier espectador, se sorprendía uno hallándola allí, cerca de unos cipreses, en un conjuro de angustioso apasionamiento que hacía a todos la impresión de que Landowska evocaba a los espíritus de Juan Sebastián Bach y Pasquini y Daquin como por arte de una taumaturgia irritante y hasta inmoral. (Todo lo que no se puede explicar con facilidad es inmoral).

Vilma sentía la música cerebralmente. Por eso se indignó cuando la norteamericanita, que había creído conveniente lagrimear durante las ejecu-

ciones — coquetería suprema de la época — propuso al montar en el "Rolls", mientras se retocaba los labios:

—Sí. Te en el Ritz, a las cinco. Luego haremos "bridge" en lo de Hartford. Hay unos trozos de Vincent López estupendos. ¿Bailar? Por supuesto...

—¡Qué asco! — se dijo.

Una hora más tarde, ella y Suzy Heribelle iban, en brazos de dos mequetrefes, abriéndole cancha a los bandoneones que en espasmos sucesivos intentaban definir un tango...

\* \* \*

Regresó al atardecer. Todavía traía migajas de aquel momento de belleza y ¿por qué no decirlo también? de bondad. La belleza, cuando no sabe que lo es, es buena.

Y es claro, tropezó con el gris plata de la atmósfera. ¿La sorprendió el aire confidencial de Ernesto? Quizá. Había lanzado una carcajada. Tal vez sintiera la necesidad de enseñar sus dientes... Cuando una mujer ríe, no se sabe si está sorprendida, o no le importa en absoluto lo que pasa. Cuando está seria, también.

—¿Qué sucede? — preguntó. — ¿Marta?... ¡Anteayer estaba tan bien!

—Sí, Marta. Otra crisis.

—¿Pero quién podía sospechar? ¡Y yo, ayer, todo el día en lo de Suzy!

—Ha hecho bien, Vilma.

—¿Y?...

—Regresamos a Montevideo. Michel lo ha aconsejado así. Por supuesto, con Vd.

—¡Oh!

Y ese ¡oh! que para ella quería decir "considere"

re, Ernesto, lo delicado de mi situación"; para él "hasta el fin del mundo en la lucha" y para Marta "¿cómo dudarlo?" no pasó en realidad, de ser uno de tantos ¡oh! Somos imaginativos por excelencia.

Una silueta había llegado allí. Las sonrisas se afinaron; el atardecer decidió ser menos frío y más apacible y, cuando aquello, con la presencia de Marta, se convirtió casi en un conciliábulo, cuando fué algo tan íntimo como un concierto de aficionados, la luna, irritada, enteramente roja, apareció.

\* \* \*

Ernesto sabía todo de la extranjera. Lo cual equivale a decir que no sabía nada.

En pocas palabras se resumían sus informaciones: Un conocimiento enteramente vulgar. Fiesta en Montevideo. Un marido diplomático y sueco. (No, de nacionalidad, en serio). Enfermedad y partida para Europa. Telégrafo. Muerte y viudez. ¿Se podía pedir una precisión mayor? Carlota Braemé se hubiera enfermado de la impresión, de saberlo. En la realidad también sucedían cosas así. A la gente, de cuando en cuando, le da por morir.

El epílogo estuvo en París. ¡Qué lástima! ¡Con lo bien que hubiera quedado que se volvieran a encontrar en Tombocú, por ejemplo!

Y desde entonces repartían su afecto y su amistad, como los cigarrillos rubios, con Vilma Hansen.

Esta les había pagado con creces, es cierto. Una asistencia abnegada a la enferma, noches en vela, nervios... hasta el manejo de una casa: el apartamento aquel de Madrid. Toda una teoría de solterona, en una mujer que se definía con un trazo de kohl y una sonrisa leve y venenosa como los perfumes de Singapur.

¿No era extraño?

Y Ernesto la odiaba. Espiaba con rabia sus menores movimientos cuando iba a dar órdenes a los criados, con aquella sencillez casi humilde, y más aún cuando besaba a Marta con aquella ternura en que los novelistas, esos tipos insoportables, hubieran tenido ocasión de introducir la palabra "óleo", que ya está casi "demodée", aunque todavía hace bastante furor.

\* \* \*

En aquella situación llegó, además del dictamen de Michel, una carta de Fred. Con poca oportunidad, es cierto: ¿pero cuándo llega una carta con verdadera oportunidad?

La mañana había decidido hacer una visita a Londres y estaba escandalosamente gris. No hacía juego con aquel apartamento de un barrio nuevo y Ernesto, en consecuencia, decidió no leer la carta. Entró Marta y, a pesar de los visillos de color lechoso que estaban pidiendo a gritos las heridas del sol, a pesar de las paredes desnudas y las butacas enanas, sintió curiosidad.

Debemos disculparla. Era mujer.

(Lo mismo habría pasado si se hubiera tratado de un hombre).

Y leyó en voz alta:

"Cualquier día. Cualquier lugar. Cualquier hora".

—¡Este Fred! — interrumpió Ernesto.

"Padres: ¿Quieren creer que lejos de Vds., soy como un extranjero? A veces se me ocurre haber tenido en Montevideo un amigo íntimo que se llamaba Fred Ocampo. Hoy me he aburrido tanto, que decidí abordar alguna cuestión dolorosa. ¿Están dispuestos a encontrarla en las entrelíneas de mi carta? Vds. saben por qué los he abandonado. No ad-



mito "términos medios". Y no necesito tampoco repetirles que ese "término" se llama, en este caso, Vilma Hansen.

... He encontrado a lo absoluto. Ya los adivino a Vds.: "Es claro, con la manía de dar un nombre a todas las cosas, ya habrá bautizado también a lo absoluto". Pues sí, tiene un nombre: Tatiana, Tatiana Kerensko. Es una iluminada. Agente del soviet y candidata a ser deportada en cuanto se le sospechen complicaciones con los terroristas. ¿Faltaba algo más para que me interesase? Sí, que fuera bonita. Y lo es.

Me voy a Rusia. "Lá est la vie". Y termino, porque estoy sospechando una cosa terrible: que en la punta de la pluma hacen cosquillas una cantidad de frases románticas sobre Tatiana. ¡Sería el colmo!

Nos veremos pronto allí. Mientras tanto, los adora

Fred".

—¿Qué piensas de eso? — preguntó luego Ernesto a su mujer.

—Fred es una criatura... Me preocupa mucho. Todavía no ha dejado de ser el niño que descubre el juguete nuevo, insospechado. ¡La primera aventura! Además, es tan romántico que cuanto más se empeña en disimularlo, más se nota.

—A los veintitrés, siempre se grita la primera aventura.

—¿Ganaríamos algo con oponernos a sus caprichos?

—Hacerle tomar más interés por ellos, Marta. Nada más.

—Pero en cuanto a la injusticia con Vilma... Fred no respeta mi cariño por ella, no me respeta a mí.

—Déjalo, mujer. Ya sentirá hambre de hogar.

Verás en qué forma vuelve a nosotros. Como nuevo. Y quizá muy pronto, quizá demasiado pronto.

Y hubo una teoría de cerillas, "rubios", "robede-chambre" manchada por la ceniza — como las casas manchadas por la niebla — y tedio que estaba fastidiadísimo porque era demasiado temprano para llamarse "spleen".

Y para Marta, la presencia de su sombra. Con un poco de buena voluntad, las ilustres sombras que han figurado en la literatura son, a fuerza de vestirlas los autores con detalles, seres de carne y hueso. La de Marta, en cambio, era casi el prototipo de la sombra. Hasta le pareció a ella que se reía, alguna vez...

En suma: una sombra tan rigurosamente perfecta, que todos vosotros no habéis podido dejar de adivinar que era la sombra de la muerte.

## II

C OPOS de escarcha, cielo purísimo, noches de un misterio afinado y torturante. Tal era el idilio de “aquel loco” de Fred y Tatiana Kerensko.

La Coupoule, polo de inquietudes en el cruce de Montparnasse y el boulevard Raspail, los había unido cierta noche en una infinita ansia de embriaguez. Había en el café la sensación hostil de algunos chambergos de alas inverosímiles, de los cenáculos donde la sonrisa ficticia prolongaba la mueca del fracaso, del murmullo con el que París se mentía alegría de “boulevard” a la hora del ajeno. Y quizá por eso no los empujó la garra del deseo; fué primero una curiosidad enorme, el polvo moreno del hastío sobre la carne del alma y un vislumbre de sol, tal vez.

—¡Ah, Europa, Europa! — le oían decir amenudo los amigos a Fred, en las tertulias del “Tupi”.— ¡Allí sí hay hembras para la conquista! No, si yo no hablo de las “cocottes”... Me refiero a esas mujeres de aventura, a las que nos une un pañuelo perfumado o una galantería bien dicha.

—Siempre que — habíanle interrumpido — nos olvidemos del compadrón que, mal que mal, llevamos casi todos los rioplatenses en las venas.

—Luego resulta que “ella” es una artista, o pinta, o está casada con un ministro, o tiene por costumbre, quizá, defender a los criminales en la “Cour d’Assises”. La mayoría de las veces, uno

lo ignora. Hasta que un buen día... se acabó. Amablemente, políticamente, se acabó la aventura, cuando uno empezaba a darse cuenta de que el lazo carnal le impediría — por ser el único consistente — olvidar fácilmente a aquella mujer. Cada cual por su lado... y a otra cosa.

Naturalmente que el Destino, con su perfecta sonrisa de Adolphe Menjou, se encargó de burlarse elegantemente de aquel Don Juan de pacotilla que hablaba con tanto absolutismo. Aquella aventura comenzada en La Coupoule, "su" aventura de Europa, no se acabó a las primeras de cambio. Y por el contrario, ahora exigía una inesperada prolongación en el viaje a Rusia.

Fred sentía ya la oscura fatiga del París nocturno. Espasmos luminosos a lo largo del "boulevard", nombres de "vedettes" repetidos hasta el cansancio, rezongos de fuelles en el cabaret, siempre igual, ya fuera La Cigale o la "boite" de Joséphine Baker... Aquellas casas de te, que invariablemente se llamaban Tarride's, Nicolari's o Jenny's, acababan por ponerlo de un humor pésimo.

Su espíritu descontento e inquieto había localizado y satisfecho su avidez solamente en algunos sitios: la Colina Alta de Montmartre, los teatrillos donde Dullin o Jacques Cocteau agrupaban al "tout" París de las noches de estreno; los Inválidos, y aquellos cuatro cafés de Montparnasse que, como cuatro vecinas envidiosas, parloteaban incesantemente de miserias de arte y mentiras de triunfo...

Por lo demás, había sufrido muchas desilusiones. Pero ya no se preocupaba de buscar el misterio trágico del Sena, ni el Barrio Latino de Murger, prolongado en su bohemia por las evocaciones de Francis Carco. Aquella sensualidad caduca, envejecida prematuramente por el refinamiento del placer, le ponía una tristeza infinita en el alma. Y no

podía menos que acordarse de su patria, de los campos rientes, infinitos, de verde acogedor, y de la suprema belleza de los combates pasionales en aquel escenario, con una mujer pura de alma, purificada por arte de la Naturaleza.

¡La estancia! La ciudad luminosa, pequeña, lejana: ¡Montevideo! ¡Cuántos recuerdos trémulos que se disimulaba apresuradamente, por no incurrir en "sensiblerías ridículas", según Fred! ¡Qué fuerza salvaje, qué agudo relincho de potro envolvía el recuerdo de aquella vida ruda!...

Antes, el muchacho reía de todo aquello. Creía que una actitud cínica podía sentar mejor a sus veintitrés años. ¡El patriotismo, lo nativo? Bah, bah, bah... Patochadas, fantasmagorías. En cambio, lo nuevo, lo exótico: ¡París!

Ahora, Tatiana Kerensko le había descubierto un nuevo occidente, un novecientos cuyas corrientes tenían una raíz más honda y más humana, como que se había nutrido y empapado de dolor, de crimen, de sangre. Rusia, el Soviet, eran la revolución estética, el culto de lo puro, la angustia florecida en belleza.

Y bajo la influencia de aquella mujer, comenzó a soñar con Rusia. La fuerza honda, el principio de un día nuevo y el fin de todas las convenciones, de todos los formulismos... todas esas sugerencias había inoculado Tatiana en su espíritu, entre largos besos que le robaban algo de su alma.

Desde la primera noche, en el café bohemio y cosmopolita, la Kerensko había ganado la partida. Fred la entrevió, como en un sueño, a través del vaho de los "abdullahs"... Y la contemplación de aquella tigresa suave, envuelta en una túnica de gasa tan sutil como un peplo, con aquella expresión de sensualidad despiadada en los labios color de naranja y en los párpados maravillosos, fué como un la-

tigazo, como un sacudimiento que jamás en la vida había sentido.

En la reacción de Fred entraron cuatro palabras, una sonrisa y una inclinación:

—Señora; espero que no me negará el honor de beber con Vd. una copa de “champagne”...

Y en la de Tatiana entró un “mais oui” que ella besó con los labios antes de responderle.

—Yo la conozco a Vd., la he adivinado desde hace mucho tiempo — continuó Fred.

—Siento no poderle decir aún lo mismo. Hay, en cambio, ciertos rituales que aún soporto. “Voilà”: mi nombre es Tatiana Kerensko. Mi francés le dirá a Vd. que yo soy rusa. Y en cuanto a la edad...

—¡Oh! eso es ya inverosímil! No he pedido tanto, amiga mía... Me llamo Fred Ocampo. Veinticinco — mintió — sudamericano... uruguayo.

—¿Uruguayo? ¡Oh, qué interesante!...

Y una bocanada de humo y su mirada de “primer plano” cinematográfico hizo pensar a Fred en un Uruguay visto a través del tango y del “football”. Hubo de rectificar, más tarde, su opinión.

Continuaron hablando. Fred continuó acercándose... y el mozo continuó trayendo botellas de “champagne”.

Y el muchacho, como es natural, se embriagó. Pero no con el líquido rubio; sino con su descubrimiento. Soñaba el amor como una claridad absoluta, como una tortura placentera y prolongada, como una esclavitud que se debía confundir, a veces, con el despotismo. Y se sentía, hasta entonces, incapaz de amar así.

Pero ahora...

¡Aquello sí era el amor: el amor tanto tiempo esperado y ansiado locamente!

Y luego, la música grave de la voz de Tatiana;

el extraño, el irresistible orgullo de vivir; el “chauffeur” experto y “starter” del sueño desenfrenado hasta las habitaciones de la Rue Pigalle: el saloncillo íntimo bañado en luz violeta. La sensación de haber inventado el mundo en ese momento...

Desde entonces, un vértigo había hecho presa de Fred. Ese vértigo casi siempre fatal, tan peligroso, tan destructor, que muchas veces deseamos ferrosamente que pase como un relámpago en nuestras vidas oscuras...

**E**L vapor estaba desatracando. Un trozo de luna se había colado en un rincón de la cubierta. Parecía una hoja de papel de estaño arrojada al azar.

Para aquella noche, Marta llevaba ya consigo el narcótico del puerto. Sin embargo, todavía la apomorfina de la angustia azulaba sus ojeras brillantes. Se escuchaban saludos y llamados trémulos, que más que del fondo del alma parecían venir del fondo del sexo. Todo aquello, en conjunto, era tan estúpido, tan incoloro, que la asaltaban deseos de ponerse a llorar.

Las rosas, en sus brazos, le daban un perfume. La noche, un matiz.

¿Para qué los quería? En la borda del vapor, era solamente uno de tantos pretextos para la insolente cursilería de los pañuelos en alto y las luces de Bengala.

En venganza, pues, su mirada se hizo tan pura, tan pura, que por la mente de Ernesto pasó la vaga idea de que su mujer pudiese haberlo traicionado alguna vez.

—¡Pero tonta! ¿Por qué te apenas? ¡Si es que volvemos!

—No entiendes, querido.

Ernesto entendía, precisamente; pero si una mujer le confiesa al marido que la ha comprendido, está perdida.

—¡Es una dicha tan triste, si vieras! — agregó.

Y dando paso a la mujer, a la mujer neurótica, que tenía sin embargo el buen gusto de no impresionarse por el rielar de la luna sobre las aguas grises, repartió su emoción entre las luces ya lejanas, como "confettis" arrojados en el carnaval oscuro del puerto, y las canciones ásperas de los marineros.

¡De todos modos, estaba tan sola!  
Faltaba Fred.

\* \* \*

Luego se sintió asfixiada de noche.

Al jugar instintivamente con su collar, le había parecido manejar su dilema. La vida la estaba enfrentando a dos soluciones. El amor de su hijo quedaba allí, al Norte, entre los dedos estilizados de una aventurera rusa. En Montevideo estaba la paz, quizá...

Una paz con tés de las cinco, amas de casa aparentemente inofensivas que un día se despertaban poetisas y chismes de varias clases: chismes diplomáticos, chismes pornográficos, chismes de solterona.

¡Y a pesar de todo, aquel momento era tan hermoso!

Marta debió llorar. Estaba demasiado hundida en el misterio de la noche. Pero, como sabía que las mujeres lloran precisamente cuando no tienen que hacerlo... reprimió su intento y trató de encontrar el eco de una mirada en Ernesto.

Y cuando se volvía, mientras las rosas, avergonzadas por su indiferencia, trataban de deshojarse, vió cómo él ayudaba a ponerse el abrigo a Vilma, y como ésta hacía que la piel de "vison" le rozara el rostro, felinamente, como si le ofreciera su nuca pálida...

Las olas, furiosas como señoritas púdicas, seguían dando cachetadas al barco, a aquel enorme y pesado violador de su tranquilidad.

\* \* \*

El odio de Ernesto por la extranjera era como una rapsodia de Listz. Un perpetuo "crescendo". Lo denotaba él al enhebrar en los encuentros furtivos media docena de exclamaciones que se sentían extrañadas en sus labios y cuatro o cinco gestos nerviosos, rápidos, que parecía haber pedido prestados a aquella "demi-vierge" histérica, de primera clase. (De primera clase del vapor, se entiende).

Todo eso estaba muy lejos de su "frialdad enigmática" — como hubiera dicho uno de esos señores novelistas cuyos personajes toman "cocktails" con éter (ellos tienen buen cuidado de no ingerir más que café con leche) — que antaño había despertado a una virgen rubia e imprudente: Marta.

Esta estaba segura de aquel odio. Y de ser una escéptica, hubiera envidiado a su marido por haber inventado aquella maravillosa distracción para los quince días de viaje. Pero era nada más que una mujer...

\* \* \*

Los tonos de aquel momento en cubierta se esfumaban para dar paso a otros más grises, más vagos y nebulosos (Eric Von Stroheim hubiera añadido un desplomarse de pétalos de manzano, como en el desmayo otoñal de "La marcha nupcial").

Y aquella sonrisa de Marta se confundía con la mirada profunda de una virgen imprudente...

La virgen triunfó. Y ya estamos transportados al pasado. (Felicitaciones al "cameraman". Esta

“doble exposición”, aunque los espectadores se hayan quedado en ayunas, ha salido muy bien).

Dos manos finas y pálidas recorrían el teclado de un piano. Jugaban con los hilos de las notas, con tal gravedad que parecían formar con ellos un tejido de ensueño.

—Ernesto... — exclamó ella. — Y el nombre, al dulcificarse por el nocturno de Chopin, tuvo en sus labios casi el valor de un beso.

Era en aquel tiempo que él “estudiaba” Derecho. No tenía nada más que la juventud. Y ya era demasiado.

Aquel domingo de plomo, derramado en lambetazos caprichosos sobre la sala colonial, le estaba pesando al muchacho en el fondo del alma.

A Marta le fastidiaba la música. Por eso le suplicó:

—Repita el “Nocturno”, Ernesto.

Pero se arrepintió cuando vió que él ni siquiera levantaba la cabeza y volvía a tocar, imperturbable. ¡Y ella que le había hecho el pedido nada más que para que él la mirara (“la admirara” — pensaba)!

¡Cómo lo hubiera abofeteado! Es decir: ¡cómo lo hubiera besado!

Pero la virgen imprudente sonrió. Había recurrido a las confesiones seudosentimentales entre recordadas, a los apretones de mano húmedos y promisorios, hasta al derroche de “Cœur de Jeannette”. (Sí, asómbrate, espectadora que pides hoy un número de Chanel, o empleada de tienda que aún estás en el período embrionario de la “Orgía” de Myrurgia: aquella virgen era tan virgen, que hasta usaba “Cœur de Jeannette”). Pero aún quedaban muchos recursos. Un grito, por ejemplo...

(Un grito es siempre un recurso en la mujer. Lo mismo que un espejo).

Enseguida se oyó un torbellino de palabras entrecortadas:

—¡Basta! ¡No toque más, se lo ruego! ¡Hable, hable, diga algo! ¡Me tiene con los nervios de punta su tranquilidad!

—Yo no tengo la culpa, Marta. Es la tarde... Y él sonrió.

En la mesa, si aquello no hubiera sido demasiado infantil, las miradas, fastidiadas a veces de encontrarse tan amenudo, habrían jugado a las esquinillas.

Y él estuvo tan medido, tan frío, tan indiferente, que la invitación surgió, de repente, impetuosa:

—¿Quiere subir al salón de lectura? Voy a buscarle aquel libro que le prometí.

Cuatro pies humillaron luego, una vez más, el terciopelo de la alfombra de la escalera. Hubo una conversación sin interés en la biblioteca de sombra propicia. Dos de aquellos pies se elevaron... Luego se deslizó la falda, el collar, una faz pálida y dos ojos cerrados.

El beso había desmayado a la virgen imprudente. Cuando volvió en sí, a los diez segundos, por un maravilloso proceso psicológico, era ya mujer.

\* \* \*

Marta despertó del recuerdo. Un beso en la mano y la recomendación:

—La noche está muy fresca, querida. Quizá te haga mal el sereno. Entremos.

\* \* \*

En la travesía, Vilma repartió su atención entre sus baúles y Tony Career. Aquellos, muchas veces, salieron ganando...

Ernesto se perdía de vista. Y Marta, por la mañana, durante la "toilette", se componía una sonrisa de uso externo para todo el día. ¿Exponer su mal íntimo, horrible, ante la "demi-vierge" de primera clase y el comerciante obeso que confundía el tenedor de pescado con el de la carne? ¿Para qué?

En aquel estado de cosas — la vida gusta de tener estas paradojas frívolas — todo dependía de una línea...

Atravesar esa línea era aplicar una corriente de mil kilowatios a aquella escandalosa sensación de tedio.

Para la fiesta se prometía un "varieté" completamente improvisado. (Todo el mundo se estaba preparando desde antes de la partida del vapor).

Y el capitán, con un celestinismo inédito, al organizar mesitas para la cena que precedería al baile, había dispuesto una para el matrimonio y la amiga. Aquello no dió lugar a comentarios. ¡Habían estado tan lejos uno de otro los tres durante el viaje!

Vilma aceptó. Lo contrario hubiera sido dar lugar a la desconfianza de Marta.

(¡Qué fastidiosas son estas explicaciones! ¿verdad?)

Y la espera de aquel día se tornó premiosa como una amante nueva...

Ya el aperitivo del salitre o el "Cinzano a l'eau" que como un resabio del Café de la Paix tomaban todavía algunos pasajeros, para mentirse un París inofensivo y burgués, estaba resultando insuficiente...

Aquella tarde, dos o tres gaviotas, un yatch y el océano, que había resuelto ponerse más azul que de costumbre, improvisaron una marina de esas que hay en la sala de una tía de provincia.

\* \* \*

Antes de apagarse, las luces parpadean, indeci-

sas. En la sala ha entrado una cola larguísima de tul, que sigue, sigue, hasta que comienza una espalda. Y la espalda sigue, sigue, hasta que comienza un collar. Y el collar... (Bueno, yo ya me cansé. Sigán ustedes).

Pero después que todos han exprimido bien el fruto del comentario acerca de aquellas espaldas y del nuevo tono de "rouge" que Vilma Hansen—la poseedora — luce esa noche, hay sólo un minuto de oscuridad y en seguida el latigazo lechoso de los focos, que ha recorrido la sala, anima la blancura imposible de una camisa de "smoking".

El anunciador ha arrojado un título a la voracidad pública: "Broadway foolish".

Y el espectáculo comienza justamente cuando Marta empieza a desdibujarse en un vestido de gasa gris.

Las servilletas se han desplegado, como una señal de amnistía.

En el fondo de alguna copa vacía ya algún comensal de pensamiento precoz cree descubrir la causa de la próxima reyerta conyugal...

Y por fin, el silencio en la sala que, de pronto se ve recorrida por otro latigazo. Es el de un "Ah" que han despertado los "banjos" o las tres siluetas empalidecidas por la luz de los focos... Una canción exquisita y leve, como un cigarrillo de opio:

"Close  
your pretty eyes  
and close  
your pretty lips  
and give  
your little baby lots of lovin' "...

Hay muchas espectadoras que cierran involuntariamente sus ojos y sus labios (por más que no estén muy seguras de que llenen la condición requerida por el refrán). Y se comenta en voz baja la "mise-en-

scene" que da una sutileza eglógica al cuadro (sí, eglógica, a pesar de las pelucas de plata y los collares de perlas falsas).

—Pero es "mise-en-scene" nada más. ¡Y qué bien! Hasta parecen ellas chicas inocentes — anota un vecino de mesa del matrimonio y de Vilma.

Luego, el "Close your pretty eyes, and close your pretty lips..." vuelve a triunfar, no sólo del comentario, sino de la sonrisa indulgente que ha prendido éste en los labios de Vilma y de la irónica que ha arrancado a los de Ernesto.

Y en seguida, no se sabe si la gente aplaude porque han traído el caviar o porque las cantantes se fueron de una vez.

Lady Godiva hace en seguida su aparición recortando su manto de oro líquido sobre el telón de terciopelo negro.

—¡Qué lástima — murmura alguien — que esta señora no hubiera adoptado la moda de la melenita!

—A Lady Godiva — dice un monóculo dando "ambiente" a una sonrisa desenfadada — debió aplicársele algún impuesto después de aquel paseíto por las calles de la ciudad, en el caballo blanco. Es sencillamente vergonzoso que una dama oculte así sus encantos...

A pesar de aquellas observaciones insípidas, Ernesto está satisfecho. Una mujer bonita y muda, completamente muda mientras los violines impregnan la sala de un romanticismo que casi llega al coma — están tocando alguna de esas elucubraciones de Toselli — es algo particularmente refrescante, a pesar de que Lady Godiva se ha convertido ya en "un lugar común" como comenta, con una ironía fina que no alcanza hasta Marta, el trozo de kohl y la sonrisa leve y venenosa: es decir... Vilma Hansen.

Se corre la tela y, un minuto después, uno de tantos "smokings" anuncia el debut sensacional. Las

cuatro hijas de un señor al que, aunque no lo conozca, mira uno con afectuosidad familiar — tanto se parece al proveedor de la esquina — van a hacer números de laudes.

—Eso ha de estar maravilloso — vuelve a fastidiar el vecino de mesa. — Lástima que esas pelirrojas den siempre la impresión de que alguien ha rociado sus cabelleras con una esponja y con un líquido tan importunos, que les han salpicado gotitas sobre el rostro.

Ya aquella definición de las pecas es inaguantable. Vilma decide tomar alguna medida. (Bebe una copa de aquel exquisito vino). Ernesto sabe muy bien que el silencio es una cavidad profunda que no se puede llenar con monosílabos. Sin embargo, la continuidad del espectáculo le ahorra palabras. Pero el cruce de sus miradas con la extranjera ha sido como un cruce de aceros. Un relámpago y luego... la oscuridad.

Los laudes lloriquean, entre las "melodías del Sur" que se han anunciado, el "Hogar, dulce hogar". Alguna dama americana cree oportuno, después de algunos esfuerzos, dejar escapar una lágrima, siempre que cuando pase la luz del foco por su mesa esté segura de que alguien la va a observar.

Los cabellos de las intérpretes dan la sensación de que hubieran enrojecido allí, repentinamente, de pura vergüenza.

Cuando tocan "Chlo-e" ya ha desaparecido el azoramiento que destilaban sus miradas perdidas, y la queja siglo XVI de los instrumentos comienza a inquietar a algunos espíritus. (Es claro que lo que se mueve son los pies, pero...)

Vuelve a caer el telón, con la violencia de una cachetada. Se anuncian "estilos criollos por una distinguida dama". Y los caballeros, con una rara una-

nimidad, sienten no poder tener “unos deseos imperiosos de tomar un poco de aire en cubierta”.

Se soporta el número, apenas... Pero como no se escucha, pueden sentirse otras cosas.

Un zapato de charol roza inconscientemente a un escaarpín plateado. El escaarpín no se retira... Y más arriba, dos ojos y una sonrisa adoptan el aire más distraído que puede ser posible. Y los ojos, enmarcados por la mata de pelo negroazulada y abundosa, hasta se cierran...

La copa de cristal que estaba en manos de él se estrella en varios pedazos sobre el suelo. (Aquí, espectador, puedes llevar al pie de la letra lo de “film” sonoro... en el caso, por supuesto, de que tengas una docena de reserva). Varias cabezas se dan vuelta. Es en el mismo instante en que tornan a encenderse las luces. Y hay una pregunta tímida colocada entre la impasibilidad de Vilma y los nervios de Ernesto:

—Marido: ¿qué te ha pasado?

—Nada, nada. Estaba algo nervioso...

—Se explica. Los estilos criollos... — desnuda Vilma en su sonrisa la blancura de los dientes perversos.

La sala vuelve a empaparse de oscuridad. Es ahora una evocación de mazurka, con un levitón negro que resulta más simpático en medio a los tonos exangües de las luces y de la crinolina. Como “ella” distribuye miradas de “onda corta” con maestría, y como el piano de cola parece no mostrarse demasiado maltratado por la ejecución de aquella inglesita de cabellos color pecado — tú, espectador, sabes cuál es — los aplausos son algo más entusiastas que los que se desparramaron en el paréntesis anterior.

Otra vez el relámpago oscuro, el telón y un chorro de luz roja que un balde de nickel arroja desde arriba sobre un negro cuya boca se ha emblanquecido de melancolía de las plantaciones. Rudy Vallée pa-

sea su melodía pegajosa por entre los retorcimientos musicales de los “ukuleles”. Algunos creen oportuno recordar a Carolina del Sur, a Harlem o, si su erudición es demasiado inconveniente, a los cuentos de “Magie Noire”... “Excelsior”, por ejemplo.

El ochenta por ciento de la concurrencia siente un oscuro instinto de reversión a la selva, de espíritu negro. Casi es una obligación pensar en senos duros, carnes aceitadas de reflejos azulados, “marimbas” de sonidos lejanos, canciones “dioula”, entre el humo de los cigarrillos. La gente que no acostumbra usar esa cosa tan molesta que se llama imaginación, se divierte, en cambio, en adivinar la letra de la balada:

“For some girls are quickly forgotten — and gone with the dawn of the day — but some you remember — like last glowing embers...”.

(Hay que tener paciencia o aprender el inglés. Estos son, por el momento, los inconvenientes del cine sonoro en estas latitudes).

Casi en seguida, las primeras notas del “Islamey” de Balakirew ponen un punto suspensivo a los rugidos de la muchedumbre, cuando el refrán del negro se ha desvanecido en los brazos de los “ukuleles” fulgurantes.

De nuevo encubre la oscuridad las expresiones que ponen tintes sombríos en las faces anhelosas.

—¿Viste, qué escándalo? — preludia Vilma en un comentario “standard” a la amiga que, aún estando tan cerca de ella, está tan lejos. — Esa señora joven no hace más que bailar con su marido, que sonreírle a él. Es una inconveniencia incalificable ¿verdad?

Y Marta dice que sí. (Cuando uno dice que sí es porque no ha oído o no ha comprendido nada de lo que le han dicho).

Enseguida aparece Felluska. (Es una bailarina

que ha leído novelas de Pitigrilli y que ha compuesto su nombre tomando, de aquí y de allá, partículas de los de aquellas extrañas protagonistas.) Es, además, la única intromisión "profesional" en el programa. Se ven unos velos, brazos que de pronto están donde las piernas y viceversa, tres rosas de oro (dicen que como el número empezó demasiado pronto, no tuvo tiempo de ponerse más que eso) y una carne de una blancura que casi da asco. Los violines tienen estremecimientos irritados.

Y cuando uno quiere saber qué ha hecho Felluska, o si ha gustado su número, cae el telón y todos los que han vaciado la tercera botella de "champagne" salen apresuradamente a vestirse para el baile de trajes.

Es de mal gusto pensar, es de mal gusto comentar.

—¿Sentirá aquella gente algo?...

Esta es la pregunta que parece formular el perfume de Vilma y su sonrisa leve y venenosa como las esencias de Singapur.

—¿Se usará sentir?...

Esta es la que se formula en realidad. Marta, que en aquel tráfico repentino es como una hoja llevada por el viento al azar...

\* \* \*

(Sí. Esta última imagen se la pedí prestada al ilustre don Luis de Val. Estaba demasiado fastidiado. Estas escenas "sardanapalescas e increíbles" de la fiesta en el vapor, hubo que ensayarlas, a causa de los "extras", una barbaridad de veces. ¡Y si ustedes supieran qué fastidioso es ocuparse de cosas frívolas, en vez de hacerse uno la ilusión de que dice algo importante y nuevo! Bueno, por otra parte, en esta época eso ya no interesa. Cualquiera dice algo importante y nuevo...)

\* \* \*

En un "film" el tiempo pasado es siempre presente. La poca experiencia me ha hecho y quizá me haga olvidar esta condición indispensable... Pásalo por alto, espectador. (Si no lo haces, es lo mismo).

\* \* \*

Una cantidad de flecos de cristal chorrea sobre las baldosas. Emergiendo de la piscina, completamente empapada, Vilma, como todos los bañistas, cree necesario ensayar una sonrisa.

Y cuando después de haber hecho un enorme estrépito sobre las aguas mentirosas (mentirosas de tibieza y de color azul) un cuerpo musculoso y oscuro corre hacia ella, recién repara en Tony Career.

En ese momento Vilma ha extendido, como si hubiera extendido la mano, una pregunta húmeda de simplicidad:

—¿Pero por qué no se quita ese traje de "sport", y viene a bañarse con nosotros? ¿Todavía cree usted en "la importancia de llamarse Ernesto?"

Y él, poniéndose a tono:

—¡Estoy tan fastidiado! Oscar Wilde dijo, no sé si en esa pieza que usted acaba de nombrar, que se encuentran personas inteligentes por todas partes, que ya las personas inteligentes están "demodées". Pues yo formulo la misma queja con respecto a los sinvergüenzas. No se encuentra ya ni una persona candorosa con quien poder divertirse. Todos son sinvergüenzas... ¡como si fuera tan fácil serlo! — concluye con una sonrisa que estuvo vacilando entre quedarse así o convertirse en carajada.

Entonces interviene Tony. Piel mate, músculos de deportista, un gran derroche de "Stacomb", un par de padres ingleses (eso alcanza), sonrisas a granel y tres "voiturettes": helo ahí.

—¿Qué le parece si nos vestimos, Vilma? La



Son así, episodios nimios los que tejen la malla de lo inevitable.

\* \* \*

Otra noche (Cecil B. de Mille se complace en estos asaltos masculinos, en corporación) Vilma ríe para tener a raya a un grupo de importunos que le reclaman un "fox-trot".

—Está prometido a Ernesto Ocampo, señores— desilusiona ella, interrogándolo con la mirada, para ver si conviene en aquella mentira.

—Gracias, Vilma. La relevo de su promesa. Marta está cansada y la acompañaré a retirarse... Mil perdones — deja caer él una a una las palabras, calculadamente.

Y tras su inclinación y su alejamiento del brazo de Marta, la mujer de la extraña sonrisa contiene su ira envolviéndose en una carcajada leve:

—Bueno, se acabó el remate. El "fox" es suyo, Tony.

Y él, entonces, comprendiéndola, se complace en jugar con su despecho y en conducirlo sabiamente a través de los sonidos sincopados...

En cubierta, el viento se ha llevado una pregunta demasiado débil:

—¿Por qué has hecho eso, Ernesto?

—¡Oh! yo sé...

Y en cambio ha traído de la proa una "canzonetta" desesperada que alguna italiana de ojos magníficos y piel reseca por el viento y la miseria, lanza como una imprecación sorda y oscura: la imprecación de la promiscuidad repugnante, forzada, llena de alientos fétidos y gestos obscenos, contra la promiscuidad elegante, rociada de perfumes parisinos y regulada por los espasmos de la "jazz".

esperan, en el saloncito azul, "cocktails" recién descubiertos y una sorpresa.

—"Tiens"! — sonrío ella. — Ah, Tony — recuerda — no pude felicitarlo anoche...

—¿Por?

—Pues por su premio de baile... Muy merecido... Lo hace usted maravillosamente bien.

—¡Pero si no he hecho otra cosa en mi vida!

Ernesto no sabe si es el cinismo o la sinceridad de aquellas palabras lo que conquista su simpatía. Pero ya se ha modificado su expresión.

—¿Y la sorpresa? — insiste Vilma. — Diga, Tony...

—Pues... un pequeño regalo como recuerdo de estos días (no voy a agregar "tan gratos", eso sería vulgar). Mi premio de baile... la sortija para dama...

—¡Oh, es demasiado, Tony!

—¿Atrevimiento?

—Magnífica, la sortija... ¿Y a usted le parece bien que la acepte?

—¿Es que ya entró usted "en situación"? Es claro... vamos rumbo al Plata... hay que ir readoptando prejuicios de aldea.

—No comparto ese criterio — tercia Ernesto.— Se murmura en todas partes. Y lo correcto lo es tanto a bordo como en el Río de la Plata.

—"Alors"... — sonrío él para quedar a mano con el "Tiens!" de Vilma.

Una despedida política, mientras desaparece en la salida de baño el cuerpo musculoso y oscuro...

Y luego, cuando el muchacho se ha ido, una mirada profunda, que se clava en la faz de Ernesto como una garra salvaje.

\* \* \*

EN el siglo diecinueve, los autores de aquellos novelones de cuatrocientas páginas de los que un solo capítulo leído hoy, violentamente, nos hace caer exhaustos sobre un sillón, hubieran dicho que "un suceso baladí es siempre o casi siempre, el principio de una tragedia."

Yo sencillamente creo que un suceso baladí es... nada más que un suceso baladí. Muchos sucesos baladíes componen, en cambio una novela rosa para señoritas. Y demasiados sucesos baladíes, una conferencia a beneficio de la Liga de damas caritativas. (Las damas caritativas son así, usan siempre ligas caras).

Entre Marta, Vilma y Ernesto, por fortuna, no se desarrollaron tantos sucesos baladíes como para que Guy de Chantepleure infestara las librerías con una inocuidad más.

Montevideo les devolvió un equilibrio con olor a yodo, un paréntesis de tranquilidad, una serie de tardes lilas que hacían sentir necesidad de tararear a Strauss y otras tantas tonterías por el estilo.

En Carrasco se aburrieron entre una arena fina y suave y un cielo estupendo, que los tipos tan cálidamente imaginativos como D'Annunzio nos harían ver, al fin de cuentas, y después de dos páginas de descripción, como un tarro de alquitrán. En Pocitos, entre un grupo de gente que iba a dejarse criticar, encantada, y que a su vez, criticaba a los que se distraían enumerando las aventuras que tuvo, si

era mujer, o las aventuras que no pudo tener, si era hombre. En el Prado, se aburririeron entre las flores del Rosedal, que se marchitaban de puro fastidio porque nadie iba a verlas, y el té con leche insípido del Círculo de Tennis. Lo único que los divirtió fueron los bostezos de los vendedores de chokolatines.

En suma: resolvieron aburrirse en casa.

Y para que el aburrimiento fuera completo, Marta decidió dar una fiesta.

Pero en lugar de visitar a dos modistos, se hizo ver por dos médicos. (Casi siempre las mujeres son así, atienden primero a las cosas menos importantes).

El principio de histerismo, la fatiga y la presión arterial alarmante las conocía de sobra. Sintió la voluptuosidad de que le descubrieran alguna enfermedad terminada en *ita*, pero se equivocó. Los médicos le repitieron lo de siempre. Y salió sin una receta. Fastidiadísima. (Las mujeres que van a visitar a los médicos jóvenes salen, por el contrario, fastidiadísimas, cuando éste no les da más que la receta).

Y entonces se jugó la vida... De todos modos, es lo que tenemos de menos valor para jugar.

—Pero Marta, reflexiona...

—¿Qué?

—Una fiesta... las murmuraciones... Yo no puedo ponerme en evidencia.

—¿Qué quieres decir?

—Montevideo debe acostumbrarse a la idea de que viviré con Vds. por una larga temporada. Yo lo conozco bien... La matan a una con guante blanco... No quedan señales dactiloscópicas. Y entretanto, la opinión pública... Claro que a mí no me importa...

—Se ve, amiga mía, se ve. Ten en cuenta que has descubierto...

—¿Yo?

—Sí, algo que debieras hacer que ignorabas.

—No te entiendo.

—Pero hija, si es una suposición divertidísima... ¡Tú, amante de Ernesto!

Vilma estuvo tentada de decir: "Posiblemente me resultaría divertida en el caso de que fuese verdad". Pero sonrió con la más prerrafaelesca sonrisa que había en su repertorio e insistió:

—¿Entonces, vas a dar la fiesta?

—¿Hay alguna otra razón para que no lo haga?

—Sí. Tu salud. Marta, hemos ganado terreno a fuerza de sacrificios. Ahora, tú...

—Insisto. Necesito hacer composición de lugar. Quiero sentirme entre los míos.

—Bien.

Se habían arrojado esas palabras y — como si nada hubiera pasado — habían salido del brazo, tan amigas.

Aquel día, por otra parte, ninguna de las dos estrenó un traje nuevo, ni hubo ningún hombre que dirigiera una galantería a cualquiera de ellas.

De lo contrario, aquel cambio de pareceres hubiera sido una discusión.

\* \* \*

Aquella tarde en que la sala de "bridge" se encerraba en sí misma, fastidiada por la idea de tener que soportar a los saxofones y las celestas de la "jazz", un papelillo azul recompuso ante Marta el momento de Fred al telegrafiar: "Embárcome fines de mes "Asturias". Va carta. Abrazos".

—No comprendo, Nanita — murmuró la madre — no comprendo...

—Señora... es que el niño dejó a esa rusa... y se vuelve a verla a Vd., seguramente.

—No, no. El decía que aquella era la mujer de su vida...

Cuando llegó Ernesto, ya había comprendido Marta. Por fortuna, él trajo esa vez una sensación de hogar que ambos consideraban imposible de resucitar.

Y ante el descubrimiento, las pupilas de Marta adquirieron una transparencia espesa, como de "chartreuse", que conmovió a su marido.

Pero con Ernesto regresó la sombra, aquella sombra que hiciera tan fugaces apariciones en el vapor y que ahora, al pretender ponerle sus esbozos de manos sobre los hombros débiles, recordaba a Marta que la mueca de angustia de un segundo es suficiente para borrar la sonrisa de toda una vida. (Y que, además, produce arrugas).

No quería ella confesarse qué tendría que ver su histerismo flamante con aquella sensación. Ni sus nervios. Ni el trazo de kohl interpuesto entre ella y el mundo, que tanta amistad y cariño le traía diariamente. Porque de lo contrario...

Ernesto se acercó. Le dió un beso tibio y le hizo una pregunta fría:

—¿Así que vuelve Fred? ¿No te lo dije? ¡Ah, chiquilín!

Y ella le devolvió un beso cálido y una respuesta sin temperatura...

—El coche está listo, señora.

Aquel anuncio salvó la situación, como esos inevitables timbres que hay en las comedias españolas.

Y mientras se enfundaba en el abrigo, ella creyó oportuno decir algo sin importancia. (No, no dijo: "¡Qué horrible es la muerte!" o "El amor es esto o lo otro").

Dijo algo típicamente sin importancia:

—¿Sabes? Ayer avisé al florista que iría a elegir los adornos para la mesa de esta noche... ¿Qué te parecen azulejos colorantes?

Ya lo veis: tan sin importancia, que a simple vista parece una de esas excusas que las señoras se pasan estudiando toda una tarde, para recitar luego ante el marido, cuando deben acudir a una cita con sus amantes.

\* \* \*

Invernadero. Un sueño en mármoles del país, con cactus de la India, bulbos que nunca se resuelven en orquídeas y plantas de nombres complicados, que no tengo, por otra parte, tiempo para copiar de los diccionarios... Una contienda de perfumes caros. Carcajadas ahogadas. Levedad de zapatos con tacos de piedras al pisar el embaldosado impecable. Pecheras blancas que se inclinan... De pronto, una gran soledad. Una soledad absurda.

Pero se explica. Carlitos Warren, en la salita de "bridge", ha comenzado a desgranar motivos escalofriantes de "fox-trot". Hay una tuba que gime de una manera que llega a poner los nervios de punta. Y hay una canción rimada, que dice una voz lejana, con acento nostálgico.

Es un imperativo de Charlie Chaplin, "Cante una canción", que los norteamericanos se empeñan en interpretar como si hubiera de hacerse con cautela de domesticador de serpientes.

Insensible al virus del "jazz", Ernesto ha quedado en el invernadero frente a treinta gramos de tul color laguna, a una mirada hosca y dos manos que se divierten, nerviosamente, en desflecar el tabaco rubio de un cigarrillo.

Ella deja escapar luego una bocanada de humo y cinco palabras:

—Esta es la ocasión, Ernesto.

—Vd. dirá...

—Marta...

—¿Qué tiene que ver en todo esto, mi amiga?

—Mucho. Ella no sospechó, hasta hoy, la "simpatía" que Vd. me ha demostrado, especialmente desde que salimos de París. Pero esta tarde...

—¿Qué pasó?

—Tuve que confesarle, Ernesto, que... que...

—¡Pero Vilma! ¡No veo la necesidad de que adopte actitudes de colegiala!

—Pues bien: que su proceder me es profundamente molesto, antipático. Yo detesto las cosas encubiertas.

—Abreviemos.

Ambos sienten necesidad de una pausa, como en ciertas comedias en que los autores no saben cómo hacer pasar el tiempo. Ella abre el bolso de noche, acentúa el trazo de "kohl" — quizá para que Ernesto la encuentre más Vilma que nunca — y él piensa en el destino estúpido de aquellas flores que se marchitan muchas veces quemadas por una estufa, en lugar de morir bajo la mordedura del sol.

—Bien sabe Vd. que yo quiero a Marta como a una hermana.

—¿Tan mal la quiere, de veras?

—Ernesto, yo soporto tan poco como Vd. los lugares comunes. Este es un momento, sin embargo, en que debemos despojarnos de esas paradojas exóticas que hacen tan literaria nuestra vida. Las dactilógrafas las desconocen...

—Es que no tienen tiempo para decirlas. La lucha por la vida...

—Bien. Estamos a mano: ahora es Vd. el del lugar común. Sigamos.

El platillo ha recibido un golpe y lanza un grito: todos adivinan que el "fox-trot" ha terminado y

que en aquel cuadradito que llaman pista de baile — cuanto más pequeña, más chic — habrán de quedar hasta que la orquesta recomience. La diferencia está en que, mientras no tocan música, han de estar allí parados, diciendo banalidades; y en que cuando toquen, han de estar allí, parados en el mismo sitio, pero abrazados y sin decir palabra. A eso le llaman, las gentes de ahora, bailar.

—¿He ganado yo algo con vivir junto a Vds., fuera de las satisfacciones de la amistad? Sí. El andar en boca de todo el mundo... No, no haga ese gesto; Vd. conoce a Montevideo. Yo he hecho muchos pequeños sacrificios por Marta... pero gustosamente, porque yo deseo su felicidad. ¿Es lógico, entonces, que Vd. me haga objeto de cien groserías de las que, no siendo intencionalmente, no lo creo capaz? No, esto ya es demasiado. Y ese viaje interminable en el vapor, lleno de humillaciones para mí... ¿Qué razones tiene para proceder así, Ernesto? ¿Qué le he hecho yo?

—Vilma, por favor, no me obligue a hablar...

—Lo obligaré. Para eso hace un mes que espero esta ocasión. Quiero que, en vez de asumir actitudes rastreras, me diga cara a cara, así: "La odio, la odio con todas mis fuerzas!"

Está tan magnífica en su cólera, que uno de los tiradores de su traje resuelve, con muy buen sentido, correrse hasta el codo. Sugestiva como un vaso de kirsch, como una carretera abierta ante uno en la noche húmeda, como una pantorrilla de actriz cinematográfica.

Y Ernesto no contiene su grito:

—¡Víbora!

En su exclamación, y en el golpe violento que la tira hacia atrás, ha desaparecido la noción de sus canas en las sienes, de sus cincuenta y tantos años, y del "smoking". Sólo despierta del oscuro impulso

atávico cuando una mancha cárdena aparece sobre la piel sensible.

Y la luz — una luz psicológica, como las de las representaciones de ciertos cuadros filodramáticos, que se encienden y se apagan, en el momento oportuno, sin que nadie toque el conmutador — se extingue en ese instante.

Justamente cuando tú, espectador, adivinas que él va a besarla a ella furiosamente, y que ella también, por un impulso de perdón y porque no le gusta quedarse con nada ajeno, va a devolverle los besos, también furiosamente.

Y como al adivinar eso has dado una prueba de psicología barata, te voy a ahorrar el diálogo sonoro en que él le pinta “la lucha espantosa por disimular esa pasión” y “lo débil que se sintió en ese viaje de regreso” y “el grito de la carne” amén de muchas otras mentiras convencionales que creo que les interesan solamente a ellos dos.

\* \* \*

La luz vuelve a encenderse, como los labios de Vilma con un oportuno toque de “rouge”, pero ellos no reparan en una silueta trémula que borra la pureza de los cristales del pórtico y cae por fin.

—Con la enfermedad de Marta... hace ya dos años que...

—¡Oh! ¡Calla!

La noción de lugar y de tiempo es una cosa incómoda que uno usa, por ejemplo, en la oficina; no cuando está al lado de una mujer. Ernesto la ha perdido. Y sólo la recobra cuando una sinfonía extraña arrebatada gradualmente la soledad y, luego de parecer que abre las puertas del invernadero con su ímpetu, llega hasta ellos.

Es un bailable americano: “Wind”.

El viento comienza su silbo ligero, como un llamado de “apache”; hace una pirueta en una esquina; ensaya carátulas de “Le Rire” en las breves polleras de alguna transeúnte; ríe a carcajadas sobre un techo de zinc y, lanzado entre los mástiles y los obenques de un buque, inicia una danza fantástica, de simio enfurecido entre las ramas de los árboles de la selva...

Aquella sensación que define el proceso descriptivo del “fox-trot” hace que él, instintivamente, se recomponga el lazo de la corbata y ella rehaga sus “acrocœur” con una sonrisa sabia y sutil. (Para algo es la vampiresa del “film”)

Y salen del brazo, sonriendo en medio a los aplausos lejanos del “hall”, tan tranquilos y tan imperturbables que cualquier psicólogo de segundo orden adivina que ha pasado algo grave entre los dos.

\* \* \*

La música de “jazz” es una cocaína que se desea tomar en dosis cada vez más grandes.

El cuadradito del “hall” reúne a las tres cuartas partes de la concurrencia: un político que, a los cincuenta años, ha descubierto que bailar es la tontería más importante de todas las que ha cometido en su vida; una jovencilla que iniciada en el círculo de los diplomáticos, habla con ligereza de la última comedia de Marcel Achard, del movimiento en Rusia (nunca se sabe a qué movimiento quiere referirse) o de la decadencia de Occidente, cuando el año anterior todavía se extasiaba con los versos que le dirigía un estudiante y los “vermicelli” a la napolitana, y tosía con el humo de los cigarrillos; y tantos, y tantos ejemplares de la fauna, de la grotesca fauna humana!

Pero la mayoría no tiene interés; basta con de-

finir a los hombres como "fracs" y a las mujeres como trajes de tules de colores burgueses y púdicos, mintiendo tiempos pasados con aquellas faldas que, ya por los suelos, ocultan por completo el panorama de las rodillas sonrientes. (En los "films" ha de adoptarse siempre la última moda).

El pueblo cree que, para aquella gente, la bondad es un entretenimiento para señoras ancianas (como el hacer media); que la amistad es un pretexto para amar a la mujer de otro; que la conducta en sociedad consiste en repetir una serie de mentiras, ya elegidas de antemano; que el "flirt" se convierte allí en algo terrible, como si en el vaso de "ponche" que estamos tomando advirtiéramos de pronto que había solamente ajeno, y otras fantasías por el estilo.

Un director de Banco con la nariz surcada por innumerables venas violáceas — invitación a estudiar hidrografía — se lo repite por centésima vez a Vilma esa noche (siempre confía en el éxito de aquella observación que es, para él, como los cuatro conocimientos que los periodistas repiten hasta que se ven perdidos cuando tienen que opinar de verdad).

—¡Si tan siquiera fuera así! — piensa Vilma.— ¡Pero es tan vacía esta gente que nos rodea!

En el invernadero, Marta saborea la sal de una lágrima, y espera de nuevo a su sombra. Ahora sí puede decir, como los protagonistas de ciertos dramas truculentos:

—"Lo sé todo".

(Ellos agregan inevitablemente: "Me voy, pero ya volveré...") Marta no puede agregar más que aquel frío de su congoja que parece haberle rociado el alma con éter y llevarla a límites de llanto o de odio. El jardín se le antojó un rumbo trágico al caer exánime y librar los cristales del pórtico a su pureza...)

Pero de repente, la sorprende la llegada de Doña Brígida y de su hija. Es decir, ve unos labios de una vida extraordinariamente intensa sobre una faz tan pálida como las perlas guardadas largo tiempo... y unos bigotes haciendo reverencias acompañadas a otros labios que gesticulan sin cesar...

Las señoras moralistas, las chismosas, o las presidentas de las comisiones pro-fomento, por lo general tienen bigotes. Los bigotes de las damas son casi siempre la secreción de la esterilidad y de la estupidez.

A Marta se le antoja solamente aquella mujer una especie de cuervo extraño e irritante. Y ella es una presa débil, temblorosa, plena de una angustia irresistible que la obligaría a echarse a llorar desesperadamente, horas y horas, en brazos del Tiempo y de la Nada...

(Este redactor de títulos del "film" es terrible. Todavía se empeña en intercalar términos con mayúscula. Bueno, ya pasó la época en que para aprender a cometer faltas de ortografía, había de leer uno escrupulosamente los cartelillos explicativos de las cintas. En venganza, él se empeña en nombrar al Tiempo y a la Nada, que deben ser algo así como dos malas palabras, porque nadie sabe exactamente qué significan).

Sin embargo, Marta mira a Doña Brígida con una cara de respeto profesional, como los revisadores de los tranvías. ¡Estaba tan frío el jardín esa noche! Ni sabe cuánto tiempo permaneció sin conocimiento sobre el piso de la "verandah".

—¡Ajá! Aquí ha sido la cosa, con seguridad... — parece decir la cara de "pickle" en conserva de la dama.

En cambio, lo que dice es:

—Cuenta, cuenta, querida. Una ausencia larga es un punto de interrogación. Y siempre las malezas traen algo nuevo; ilusiones, decepciones...

—O agradecimiento, amiga mía. ¡Vieran qué abnegada ha sido Vilma! ¡Qué buena!

—¡Ya lo creo! Cuando a una la libran del marido por cierto espacio de tiempo...

—Ah, no; desgraciadamente, no llegó a tanto su bondad. Mi marido es un salvaje vestido de "frac" — ríe Marta. — ¡Las cosas que le ha hecho a la pobre Vilma!...

—Me lo imagino. ¡Las cosas que le habrá hecho!...

¿Podrá Marta resistir aquella contienda? Con-suelito — virginidad conservada en alcohol — queda imposible hasta que vienen a sacarla a bailar.

Marta no sabe lo que dice. Recuerda una histo-rieta picaresca que le han contado en una comida en Europa. Es una válvula de escape, como el tacone-o que despierta el compás seco del "jazz".

"Una señora persa tenía un marido harto com-placiente. Vivían en París, en el barrio de los pinto-res.

La señora quería que le sacaran un retrato. Y le pidió al marido que no la acompañara a las sesio-nes, ya que iba a "posar" desnuda.

El marido esperó ver el cuadro. Su sorpresa no tuvo límites al ver que su mujer aparecía en traje de calle...

—¿Cómo? — exclamó. — Yo esperaba ver una obra de arte, un desnudo magnífico...

—Es que — lo interrumpió ella mimosa — ha-cía tanto frío en el estudio que, antes de pintar Al-fredo, ya tenía que vestirme"...

Dos carcajadas. Marta se levanta y pide per-dón. Y su risa, que se va ahogando en el corredor, acaba en sollozo, en un sollozo agudo, en un desa-hogo histérico que cercan los gritos de los "banjos" de los saxofones, de las marimbas, en una extraña cópula de sonidos.

## V

**E**RA tan sencilla, tan inquietantemente sencilla la exégesis de aquellas letras de Fred! El mu-chacho había venido a París con la Kerensko para ver a sus padres antes del regreso, y en la ciu-dad quimérica había recomenzado un idilio jubilo-so, con todos los caprichos y las inquietudes del primer momento.

Tan delgada como una silueta de Matisse, y to-cada de ese tono de vaga irrealidad de sus figuras futuristas, Tatiana enloquecía al joven amante. Por las tardes salían a caminar juntos, como dos chi-quillos. Nada perdonaban. Un día era el Bois, otro una excursión a Longchamps o Fontainebleau; ca-si siempre el parque Monceau, los jardines de Lu-xemburgo, o las avenidas de la Opera y de los Cam-pos Elíseos... Amenudo rematábase la tarde en aquella irresistible Rue de la Paix para la cual nun-ca están las cartteras suficientemente provistas.

Era una locura de colegiales deslumbrados con el juguete nuevo... Con su pasito breve, de ave medrosa, Tatiana seguía a Fred acurrucándose jun-to a él. Y se daban a forjar bellas historias, dete-niéndose ante cualquier aspecto callejero, o pen-sando en el próximo viaje a Rusia que para ellos constituía casi una obsesión.

Gustaban de pasar las noches solos, en una embriaguez erótica que tenía trazas de no acabar. El refinamiento de Tatiana, evidenciado en todos sus detalles; en los kimonos auténticos que, al mo-

delar sus formas, eran una promesa en seda, raso e hilos de plata, o en sus atrevidos "pijamas", así como la exquisita y varia cultura que la hacía, de repente, interrumpir una caricia prolongada largo tiempo para hablar del estreno "chez Pittoeff", de la literatura sudamericana, de las nuevas decoraciones de Leleu, de Keyserling, de los atrevimientos escénicos de Maurice Donnay... cada día asumían un aspecto nuevo. Como mujer, era aquella la más sagaz y admirable de las mujeres. Proteica siempre, ella era así toda Afrodita, la constante y voluptuosa novedad en el amor. Y era natural que, en esas circunstancias, Fred la creyese la mujer de su vida...

El regreso de sus padres a Montevideo no produjo ninguna impresión en el muchacho. Toda su alma, tal cual lo temía Marta, estaba en las manos estilizadas de la aventurera rusa. Al parecer, ellos la sostenían amorosamente. Pero sus uñas, que por un capricho muy suyo hacía esmaltar en polvo de oro, hacían tan inverosímiles los dedos de Tatiana, que al verlos se temía por aquella alma. Ella era también el abismo, el vértigo. Abismo simulado, quizás — puesto que la mujer no quiere parecer nunca poco complicada — pero vértigo efectivo, de ritmo deslumbrante y enloquecedor.

Cierta tarde, ella insistió con dos besos y un taconeo de sus chapines diminutos:

—*Rappelle toi, mon amour...* Ayer vimos un "sautoir" de perlas maravilloso, en lo de Hiro Togo. Has prometido comprármelo. ¡Si vieras como lo deseo, Fred!

Un "c'est vrai" de él, media docena más de besos, pasos precipitados y fuertes, el fieltro y el sobretodo que desaparecen del perchero, el abrir y cerrar por tres veces de la puerta que daba al pasillo, con paréntesis de frases mimosas... Y he ahí

a Tatiana sola, que toca apresuradamente el timbre y dice a la criada:

—Pronto, Denise, el abrigo de Marta. Mi papel de cartas, el de Bouret, ese mismo; el otro está en los baúles; un lapicero cualquiera... Bien. Puede retirarse.

Y escrita la carta, llamado un taxi, envuelta en sus pieles, Tatiana sale de la habitación tocada de una luz acerada en sus ojos y de una sonrisa inexplicable en los labios color de naranja.

\* \* \*

Fred regresó contento, porque había conseguido satisfacer el capricho de su amante por poco precio. El joyero japonés no había estado muy exigente aquella tarde... Y se prometía una fiesta de caricias y una de aquellas charlas íntimas después de las cuales salía el espíritu más claro, más amplio y depurado, por magia de un cambio de sugerencias, culturas y puntos de vista.

Pero se encontró, de repente, con aquella misiva, y sin atreverse a abrirla, llamó en un grito ansioso:

—¡Denise! ¡Denise!

—¿Qué pasa, señor?

Las palabras de la criada anunciaron su estupefacción antes que su presencia. Fred y su inquietud, entonces, comenzaron a acosarla.

—¿Se ha ido la señora? ¿Dónde? ¿Vd. la vió escribir esta carta? ¿Se ha llevado los baúles? ¿Estaba apurada? ¡Pronto! ¡Conteste, mujer!

Y como advirtiera, en su parpadeo y en la expresión de perplejidad que afeaba aún más el rostro pecoso de Denise, que sus preguntas eran demasiadas, Fred se calmó.

—¡Dígame todo lo que sepa!

—Es bien poco, señor. La carta puede contes-  
tarle mejor que yo.

Fred recuerda que debe leer aquello. Ahora no vacila. Rasga el sobre. Y devora las líneas de su amante, como en una acrobacia de cámara cinematográfica.

“Amor: Sería inútil pedirte perdón. Tampoco me gusta adoptar poses cónicas. Advertirás por mi partida que estoy tan lejos del Soviet como tú ahora de mí... El aparecer como agente rusa me ha servido de mucho, pero estoy algo cansada y deseo volver a mi antigua vida. Creo que no te será difícil olvidarme, por más que me vanaglorio de ser la primera Mujer que tuviste en tus brazos... “Camouflage”, “camouflage”, esa es la ley de la época. Perdóname, eso sí, que me haya llevado tus títulos, los que guardabas en el secreter. Comprenderás que, en estos tiempos, esos ciento cincuenta mil francos apenas me alcanzarán para unos días... Adiós. Sin tí, serán muy tétricas las noches de Tatiana”.

Un sollozo violento de Fred, que tanto puede expresar la desesperación, como el odio, como la sorpresa, como el dolor del burlado, puntualiza la escena. Y Denise desaparece con levedad.

Ahí queda él solo con los recuerdos, en la habitación callada. Solo con la primera experiencia cruda de la juventud. “¡Qué final más pobre para su “gran” aventura europea!” piensa. Y lo peor es que él había dado a Tatiana todo lo de sí...

Comienza a comprender. Ahora el Soviet ha dejado instantáneamente de tener para él la atracción mágica que le prestaba el misterio de aquella mujer... Vuelve a ignorarlo, pero con pena, con rabia. Y comprende cuán deleznales han sido todas sus teorías de muchacho. Se impone saber pro-

funda, hondamente, a través de los años y de los golpes.

¡Cómo solloza Fred!

Ahí queda él solo con los recuerdos, en la habitación callada...

\* \* \*

¡Vivir es mejor! — reflexiona él al cabo de unos días.

Y resuelve volver al terruño querido. Trabaja-  
rá en la estancia, amará a una mujer toda simpleza, que le dé la flor de sus ojos puros y de su don-  
cellez, que use quizá “patchouli”, que lleve enaguas  
almidonadas, de las que antes causaban tantas per-  
turbaciones con sus puntillas escandalosamente blan-  
cas... ¡Qué le importan las muñecas, si él sólo  
quiere un hembra!

Vivir es mejor...

MARTA ha recurrido a Nanita, oscura, torpemente, en la desesperación de los primeros momentos.

—Hija mía, cálmese. Es necesario que lo haga, por su salud. La perjudicada, después de todo, ha de ser Vd. misma... Cuente, cuente, pero no lllore así, m'hijita, que me hace partir el alma. Si yo lo sabía... ¡Ah, canalla!

Marta oye las palabras de la vieja sin abandonar su sollozo convulsivo. Llora sin interrupción, con un hipo histérico, que hace degenerar en ataque el desahogo de sus nervios. Nanita, después de atenderla, después de hacer malabarismos medicinales con el tilo y el agua de azahar, la encierra en su habitación. Y hace anunciar a los invitados que la señora está algo indispuesta, que les ruega la dispensen... Se apagan las risas, que el "champagne" ha hecho ruidosas; cae al suelo alguna copa de cristal, estrellándose; calla la orquesta y, sin el recurso de la música, el tambaleo de algún bailarín ebrio resulta hilarante y grotesco... Un apresurado colocar de abrigos y una serie de despedidas afectadas dan fin a la fiesta.

Ernesto sube apresuradamente, pero antes que la puerta le cierra el paso Nanita:

—Señor, es preferible que no vea a la señora. Recién ha empezado a descansar... No ha sido nada; es mejor dejarla sola.

El baraja levemente una protesta, pero se rinde. Y aguijoneado por el deseo, espantado de sí mismo, de su impulso bestial, recorre la casa buscando a Vilma y, al encontrarla en la salita china, se deja vencer por la carne y se entrega a su culpa...

El destino ha echado los dados. Y el drama deberá seguir su curso, fatalmente, sin una protesta.

\* \* \*

—Ya sabe mi consejo, hijita — continúa un rato después la vieja criada. — Deje a ese sinvergüenza de su marido, no se envenene la sangre, que no lo merecen ni él ni esa per...

—¡Nanita! No debemos ni podemos juzgar a nadie. Son las circunstancias, el destino... El puede escudarse con el derecho a la vida, ella con el derecho al amor. Yo en total, de nada sirvo ya...

—¡Ave María Purísima! — silabea la Nanita emocionada. E inútilmente busca un refugio a su transporte místico.—¡Estas gentes de ahora!—murmura entonces para sí. —¡Parece mentira! ¡Ni una figura de santo, ni siquiera un Cristo! — Y vuelve a escuchar a Marta, que acostada, aparece aún más pálida y exangüe bajo el acolchado rosa.

—Sí, mi vieja Nanita, eso es cierto; nada puedo invocar para retenerlo, como no sean mi hijo y el pasado... ¡Mi hijo! ¡El es el único que puede darme fuerzas para soportar esto!

—Eso nunca, niña — la vieja retrocede veinte años, inconscientemente. — ¡Primero su vida!

—¡Cómo se conoce que has sido siempre madre de corazón, tan sólo! ¡Es el hijo de las entrañas, el que le exige a uno más que la vida! ¡Oh!

La Nanita se pasea por la habitación. Pretende que ambas se emocionen por etapas... Y como no

se siente capaz de ello, se abraza a Marta y recibe la confesión como en estado de gracia.

—Todo el mundo ha murmurado, desde que estábamos en Europa... Mi separación de Ernesto significaría que yo lo sabía todo, que lo había aceptado todo, humillándome... ¡Cualquier cosa antes que eso!

—¡Y acaso le tiene miedo a ese bicho, al mundo, m'hija?

—No, no. Lo terrible es el escándalo en el hogar, el escándalo después de veinticuatro años. ¡Oh! ¡Tú no sabes! Y Fred, sin el freno que a pesar de todo imponen los padres, en plena juventud, expuesto a todas las tentaciones... No, sé que voy a morir pronto. Yo no tengo derecho a deshacer el único vínculo que aún me ata a la vida...

—Entonces, ¿todavía lo quiere, m'hija, a ese hombre?

Ella no contesta. Se limita a nublar sus ojos claros, que le dan así una adorable expresión de vaguedad y ensueño. Y las lágrimas corren, silenciosamente, por el rostro de nácar.

Es el amanecer. Luces como resplandores de acero van bañando la habitación en una claridad inverosímil. Parece que todo está como helado, como aletargado, y que se siente un airecillo frío en la nuca, un soplo de muerte. La quietud de los árboles del jardín, la vida que el Tiempo ha paralizado por un instante, y el gesto asombrado de su acompañante, confortan ligeramente a Marta, en vez de producir el efecto contrario. Y sigue hablando con una voz monótona, como si viniera de muy lejos, como si estuviera obligada a repetir lo que alguien ajeno a ella le dicta.

—Tú no sabes nada, no has oído nada, Nanita. No lo olvides. Seré fuerte, yo, a pesar de mi pobreza física; espero que tú también lo seas...

Y después de un rato, calla. Comienza la fiebre, el delirio. Asustada, Nanita acude a llamar a Ernesto, que no tiene noción de lo ocurrido y al que aquella pasión ha automatizado en una forma terrible...

La aurora despliega luego sus velos de colores, y uno de ellos trae a la habitación de la enferma una sombra. La sombra de siempre, cuyos contornos son ya precisos, y que Marta, por un proceso psicológico que no llega a su alcance, recibe casi alegre esta vez, porque está convencida de que ella hará que termine todo, pronto, muy pronto, todo: su frío, su vergüenza, su dolor, hasta su vida misma...

\* \* \*

Hay tres tiempos en el amor. El primero corresponde a la adolescencia; es ese querer porque sí, esa exaltación sin sentido ni medida, que termina como empezó y cuyo principio y cuyo fin uno no percibe. Solo sabe, muy luego, que el alma y el cuerpo han despertado a la vida...

El segundo es el del amor pasión, el del amor vértigo que acaba muchas veces con la fé, con el corazón, hasta con el capital moral que se ha traído a la vida. Ese amor pasión del cual nos libramos, en contadísimas ocasiones, llegado el tercer tiempo, el del querer suave y plácido, sin complicaciones ni morbosidades, que ilumina en la mayoría de los casos nuestros destinos hasta el fin.

El compás sentimental consta de esos tres tiempos: los tres nos son indispensables. A veces se desarrollan en un mismo capítulo amoroso. O se tergiversa su orden, lo cual es peligroso en grado sumo. El vulgo, con ese ciego instinto de lo que debe ser, dice casi siempre: "Hay que dejar que la

juventud se divierta, ya tendrán tiempo de sentar cabeza y pensar en casarse"...

En Ernesto, el matrimonio ha significado mucho de los tiempos extremos. A pesar de su mocedad intensa, el de la pasión lo desconocía hasta que apareció Vilma Hansen en su vida. Ha tratado de resistirse, de luchar, ha recurrido veinte veces a su fortaleza de espíritu, al pensar en Marta y en Fred; no obstante, todo resulta inútil. La carne es flaca. Y él se ha dejado arrastrar tan intensamente por el torbellino de la culpa, que no alcanza a percibir lo que pasa en su alma. Ignora las reacciones de interés, de amistad, de cálculo... Sólo conserva una: la de humanidad. Y por ello ha convenido con Vilma en ocultar celosamente sus relaciones a los ojos de Marta, y a los de todo el mundo.

Finaliza el estío, y una tosecilla sospechosa de la enferma, que para disimular su aspecto cada vez más demacrado y terrible recurre al "rouge", finalmente, hace más asiduas las visitas del doctor. Este aconseja a Marta, en suma, una temporada en la estancia, en contacto con la Naturaleza, porque el imperativo de la vida ciudadana y de su enfermedad, han limitado a todos un paisaje interior, una preocupación interior, una... — él no lo sabe, pero quizá lo adivine — una tragedia interior.

—Es un espíritu ahogado por esta vida el suyo, señora — le repite el doctor. — Verá Vd. cómo en contacto con el sol y la luz, ha de revivir milagrosamente.

A Marta le asombra el tono poético de aquellas palabras, en un hombre frío, huesudo, médico de vocación y de figura, cuya alma debía haber secado en contacto con el formol, desde el principio... Pero supone una actitud ancestral, uno

de esos atavismos cuyo origen oscuro no puede explicarse.

Y asiente, por decir algo. Bien sabe que aquel mal interior, aquella consunción lenta e ineluctable, no tendrán cura ni con ebriedad de horizontes ni con derroche de colores... Lo único que la alienta algo es que Fred está por llegar. ¡Fred, el hijo bien amado, la carne de su carne!

.....  
Hay cierta tarde esa atmósfera rara de los días de tormenta en el amplio y claro "hall" de la casa, a pesar de que el sol es todavía radioso afuera sobre los gladiolos, los tulipanes y los rododendros y que el crepúsculo magnífico comienza a abrir su abanico de oro en los jardines. La Nanita pasa, va y viene en silencio, como una atormentada; Vilma se ve muy pálida, quizá por el efecto de la entrevista del día anterior, en el que se echó a llorar en hombros de Ernesto sin razón alguna, en un impulso loco y desmesurado; Marta languidece en su peinador rosa y ni el telegrama llegado aquella mañana anima el ambiente con ese júbilo de los regresos esperados, deseados largamente y con intensidad.

—Vilma, dí a Nanita que acerque mi sillón a la "verandah"... Me ahogo aquí; es una tarde demasiado cálida ésta.

—No, deja, yo misma lo haré... Un momento. Creo que llaman...

¡Cómo late el corazón de Marta! ¡Ha esperado tanto a Fred!

Pero no: siente palabras de ritual; no es la risa clara y jubilosa del muchacho... ¿Será doña Brígida? ¡Qué desgracia! Con ella viene, seguramente, la murmuración despiadada a completar el cariz tedioso de esa larga, de esa bochornosa, de esa estúpida tarde que le ha dejado los nervios laxos y excitabilísimos.

—¿Cómo estás, queridita?

Dos besos en cada mejilla, cuatro de esos inexplicables besos que se prodigan con tanto encarnizamiento las mujeres que no se quieren...

—Te encuentro mejor; el semblante está sonriente, tienes un color admirable.

—Dorin tiene la culpa, yo no — le responde Marta con voz lejana.

—¿Y Vd., Vilma? Muy cansada, seguramente... Es que Vd. no se da un instante de tregua; sale tan raras veces... Debe distraerse más, ahora que Marta está mejor. A propósito: me encontré con Lita Romero en el ómnibus, al venir. Me contó, a las carcajadas, del estreno de "La prisonniere"... Y que Vd. había ido. ¡Ave María, Vilma! ¡Cómo se conoce que hace poco que vienen de Europa! Esa muchacha es caso perdido. Se pasa el día en las casas de belleza, lee a Guido da Verona, por las tardes sale sola... ¡Dios! ¡Quién sabe lo que hará! ¡No quiero ni pensarlo! Dicen que cuando venía con Vds. en el vapor...

—Somos pocas las que abandonamos la mo-jigatería del ambiente al regresar, una vez que, en Europa, por la libertad y la curiosidad, se han visitado algunos lugares equívocos, ¿verdad? — interrumpe Vilma con una sonrisa afilada, por no decir a aquella mujer que se vaya, que su charla las aturde, que están hartas de sus insinuaciones, de su lengua viperina!

Pero da la fortuna de que Ernesto regresa del puerto en ese momento, avisando que el vapor tardará aún dos horas en llegar. Marta lo recibe con expresión desmayada. ¡Dos horas aún! ¡Y aquella máquina de hablar al lado, gesticulando incesantemente, sin parar, con un encarnizamiento absurdo!

La zozobra de cada minuto ha hecho a los culpables perfectos actores. Vilma actúa en protago-

nista de Sacha Guitry; lleva tan inyectado en sus venas a París, lo grita tanto en sus modelos de Patou y en el modo de hablar de sus manos, de sus alargadas e increíbles manos, que al verla se recuerda a "Comédienne". inmediatamente. Deberá ser casi un anacronismo en el ambiente de la estancia; todo parecerá extrañarla, desconocer esa flor rara y exótica que el campo no puede aceptar.

Ernesto usa, como máscara, de una indiferencia que hiela el espíritu de su mujer; que lo llena del temor indefinible de que su alma se haya perdido para siempre... Pero la perspicacia de Doña Brígida no alcanza a adivinar el fondo de las actitudes cansinas; ella quiere pescar detalles, observar el color del escándalo...

Y la suerte viene a favorecerla, porque aparece rato después la mucama a anunciar la llegada del plomero que el señor pidiera para arreglar unas cañerías en uno de los cuartos de baño... Ernesto sale; Vilma se ofrece a acompañarlo para atender al operario y señalar los desperfectos de las instalaciones.

Y la vieja se queda haciendo cruces, convencida por aquella prueba de liberalidad, de insolencia, de desvergüenza según su apasionada apreciación, de lo que irá a desparramar por todas partes; ahogada con el peso del chisme; apurada por no poder contar "aquello" a todos a un mismo tiempo; arrependidísima de haber dudado antes si podría ser cierta la aventura...

## VII

CAMPO. Extensión anhelosa de amor. Poema de las tonalidades imprecisas. Sinfonía sensual del verde y del azul. Chinas y gauchos de Figari estilizados en gritos de colores. Humedad de luna y caricia de viento. Angustia de lejanía, contienda entre el oro opulento de las tardes y la plata vieja de las noches de estío. Rincón del monte, que se esconde en sí mismo en cada ocaso y se despereza en cada aurora. Tristeza de la meditación continua, que hace ver los crepúsculos, a veces, con una cortina de lágrimas frustradas...

En "Good Luck", el camino trae la invitación del arroyo hasta las casas. Es ondulante, torturado; pudo ser un día alfombra lujosa como la que lo flanquea, pero se quedó en ruta estéril de polvo. Está satisfecho de su condición, sin embargo; da la mano a los ceibos que hacen guardia al arroyo y al ombú que custodia las casas, al mismo tiempo. Y el alambrado es un compañero fiel, a quien se pueden confiar penas en las pesadas horas en que el sol lo muerde implacablemente, con alientos de fuego.

El monte tiene muchas cosas para el que lo visite. Es hospitalario como un gaucho de ley. Aunque para divertirse con el arroyo que lo cruza siempre rezongando, hizo un pasacinta con talas, membrillares y sauces, que se reparten en el trecho, sabe que aquél le cederá sus mojarras y sus surubies.

También él puede brindar las polémicas musicales de los cardenales, cuyos copetes rojos y azules andan jugando a las escondidas entre el follaje. Y rincones de misterio, donde la soledad llega a ser una definición, donde se anudan las gargantas por el gozo salvaje de estar aislado por completo. El monte es cordial.

¡Toda, toda la estancia es tan cordial! ¿Qué habrá mejor que tirarse en el pasto, la cabeza recostada en los brazos, y beber cielo allí donde es más puro, donde el azul casi no es azul, donde nos parece que se ha inventado un color nuevo? Los problemas de la metrópolis son, en el campo, apenas el despuntar de una curiosidad. Para aquellas gentes, sin embargo, que traen de la urbe mecánica la insensibilidad, el latir del acero, los gritos de la calle, ni el galope de los potros sueltos puede acicatear la inquietud.

Sin embargo, Marta ha recurrido desesperadamente al campo. Pero París no entró en sus cuentas. Y París ha cercado a los protagonistas... Hasta se vino con ellos a la estancia. Y allí está presente, implacable, trágico en medio a su apariencia de frivolidad.

Ninguno supo reaccionar a tiempo, y el drama es débil, enfermizo; un drama que desconocerá el perfil de escándalo de una sexta edición.

Ernesto no ha intentado salvar siquiera su sensibilidad. Así, su impresión frente al milagro violento de la Naturaleza es una especie de morfomanía intelectual. El no va hacia el paisaje. Apenas si el paisaje viene hacia él. Por los ojos húmedos de sensualidad le entra el verde deslumbrador como para exacerbarla. Y todo es alimento a su pasión loca; todo, hasta los colores, los crepúsculos, el silencio de la noche, el grito del chajá en el monte.

Todavía el tedio no los ha aprisionado, ni a él

ni a Vilma. Pero es peor aún; los domina un nerviosismo y una abulia contra los cuales nada han podido hacer... El cree defenderse con la fatiga física de las cabalgatas. La extranjera, con los descubrimientos que hace en los rumbos de la semilla tirada al viento y en las canciones que éste viene a robar a las guitarras improvisadoras de fogones, de ruedas y "luces malas". Pero...

El primer día de estada en la estancia, Vilma, consciente de que Marta no puede vivir sin el mismo físico, le ha transmitido la invitación de los almohadones del "milord" y su deseo de visitar los ranchos de los colonos. ¡Se debe ir tan bien con aquel magnífico par de "medias sangres"!

Marta ha aceptado. Y ha sido luego una nube parda fustigada por el sol, dejando en el camino mancillado la sensación de la pujanza de los cascos y de la pantomima efímera del polvo. Casi tan efímera como esa otra pantomima, mucho más estúpida, de la vida...

Cuando se detiene el carruaje, lo primero que encuentran las miradas es una cabellera de un rubio detonante, los instrumentos de labranza como un símbolo y el rancho de barro, limpio y fresco. De él emana un vaho de tristeza, de esa tristeza rusa que necesita alimentarse con semillas de girasol.

Hay en el rancho algunas sandías reventando de jugos y frescura... Y mucha amabilidad, de esa amabilidad recatada y misteriosa que los pobres ahorran tanto tiempo, para derrocharla luego, en el momento menos pensado, con una generosidad inaudita.

Natalia habla, acusando el ritmo de su declaración con el juego de sus ojos tristes:

—Sí, ahora marido tiene esperanzas. Trigo bien, parece. ¡Oh! ¿Para Boris? Señora, señora... Gracias. ¡Tenga, Boris, tenga! Llame a Simón Keretchenko. Acordeón, sí...

El sol radiante miente un fugaz panorama de dicha en la habitación donde Natalia alcanza a quitarse la ilusión de la promiscuidad con una cortinilla de cretona, que la divide en dos... Aquella gente ignora, es cierto, la tragedia de la muchedumbre, la asfixia de la calle, la soledad horrible de estar, en medio del tráfico, como un ser más entre millares de seres... Pero ha acabado por ignorar también, porque así se lo impone la vida, el impulso de elevarse, de ser. Toda su ambición está en la cosecha de trigo; su esperanza en un collar de cuentas de cristal y su deseo en un libro de Krupkin...

La carne de Natalia, agrietada por el viento, oscurecida por el sol, ultrajada por alguna caricia salvaje, expresa un dolor infinito. El dolor de no poder ser ya admirada y deseada, el dolor denso y temible de lo ignorado, de lo que está condenado a marchitarse en la oscuridad.

Una gran barba blanca y un acordeón que se estira en una queja del Volga, despiertan a Marta...

La canción dice:

"Parte cada mañana — sirgador, sirgador — que la vida es una partida — sirgador, sirgador. — Llévate tu canto alegre — sirgador, sirgador — pues ella queda llorando — la agonía cada mañana nueva de su amor".

Sonrisas de miseria que achican los ojos esclavos, una vergüenza de Natalia — la vergüenza de la belleza malograda — aires alegres que no apagan, más tarde, la desesperanza infinita del estribillo aquel del sirgador...

Marta no puede contenerse ya. Y tras del acarreo de las sandías en el "milord" y los últimos apretones de mano, da por fin rienda suelta a su llanto, a ese llanto que nace de un sentimiento de humanidad y que la magnifica, que la eleva, que la afina, durante la carrera por el camino que se en-

cuentra nuevo en su latido humano, en medio a la pantomima efímera del polvo.

\* \* \*

En los días subsiguientes, Vilma careció de preocupaciones modisteriles, de "tes" elegantes, de todas esas frivolidades, nunca bien alabadas, que les restan a las mujeres momentos para pensar en el cerco estrecho del pecado, cuando su vida se resuelve entre ellas y el baile, la piscina y los gestos audaces, en los rincones llenos de sombra.

Se olvidó de que era Vilma Hansen... y se puso a reflexionar. (Bueno, ésto lo digo para tí, espectador. Yo, personalmente, estoy convencido de que las vampiresas piensan mucho más que los diputados nacionales). La pasión de Ernesto carecía de términos medios. Jamás sorprendió en él esos momentos de ternura que suceden a los otros, de exaltación erótica, en que el vértigo les hacía cerrar los ojos, como si comprendieran que aquel gesto culpable debía cometerse así, en el misterio.

Un día, en el monte:

—Vete — le dijo. — Vete. Hoy no quiero verte. ¿Lo oyes?

—¿Pero qué pasa? ¿A qué viene ese arrebató, Ernesto?

—A nada. Esto no puede seguir así. Es ridículo que vengamos a encontrarnos aquí, como dos criaturas. Piensa lo que pasaría si nos vieran. De repente, esa chiquilina que tú traes puede aburrirse... y si viene a buscarte...

—¡Estás loco! La criatura no dirá nada. O eres tú quien no quiere verme...

—¡Basta! Aunque quisiera explicarte, sé que... Por favor, vete. Te lo suplico.

—Te aconsejo, querido, un poco de bromuro a tí también. Porque parece que el campo...

A pesar de todo, lo dominaba en toda la línea.

Cambiando de táctica cuando hablaba con él delante de Marta, volviendo a ser la mujer incisiva, burlesca, sarcástica, que con una sola mirada desvanecía sus relámpagos de desaliento o de furia, renovaba la rivalidad del principio, aquel juego con puñales de acero que terminó desarmándolos a ambos.

Más tarde, después de la cena, salieron a tomar el café en el jardín. La noche era, más allá, un poncho recamado de estrellas, que la cuchilla lejana llevaba, al viento, sobre su hombro. Pero en el jardín ya se desnaturalizaba, como todo el sentido del campo. Apenas si podía parecer un pañuelo lleno de perfumes, apto para ser manejado por las uñas pintadas de rojo...

Vilma y Ernesto callaban. Había demasiadas cosas para decir, con los labios húmedos de sombra. Por eso callaban. Pero cuando apareció la otra, la complicidad les exigió hablar, de cualquier cosa, con cualquier motivo, con un acento convenido, mecánico, de responso.

—¡Qué noche! El misterio del campo hace sentir tantas cosas, que si uno pudiera aprisionarlo y escribir... — comenzó él.

Vilma rió el lugar común:

—¿Arte nativista? ¡Ah, muy interesante! ¿Y por qué no escribe usted una novela campera?

—¿Y la receta?

—¡Pero, hombre! Sencilísimo. Aprenda en cualquier botánica los nombres de algunas plantas del país, desparrámelos en las cuartillas en blanco... Lo demás, rellénelo como le parezca. Y no se preocupe por los protagonistas: generalmente, en las novelas de ese género, ellos proceden como señores de la "haute". Claro que en lugar de jugar al polo, pararán rodeo; y en lugar de flirtear mientras toman un cocktail en cualquier "country-club", cortejan a la china que les ceba mate. Pero las reacciones son las

mismas... Con intercalar dos o tres palabras gruesas cada cinco párrafos — ya que todos convienen en que eso da "fuerza" al asunto — está listo. Será usted un escritor nativista más...

Carcajadas que rompen el poema del silencio en el campo. En el aire queda, flotando, la ironía de la definición...

\* \* \*

Otro día, en la plantación de trigo, Vilma, sola, se estremece a la idea de los besos del amante. Lo imagina ya, violento, apretándole un brazo, mirándola en el fondo de los ojos, embriagado de una fuerza nueva. Todas sus atenciones diarias se convierten allí en prepotencia furiosa, en dominio de macho que quiere verla, oírle quejarse, exasperada por aquellos arranques... Ahí es cuando Vilma se siente presa de un deseo que no sabría definir: algo así como una alegría angustiosa... Es otro Ernesto aquél.

Y sin embargo, cuando llega, su abrazo no le entrecierra los párpados de sensualidad. Se ha tirado ella para atrás, sobre el dorado colchón de espigas, y ha comenzado a reírse a carcajadas, como una loca. El no se explica el gesto, quizá porque lo exalta, porque lo empuja hacia Vilma, hacia aquel cuello adorable que palpita ahora con una agitación desconocida. Pero ella lo retiene y con un:

—¡Niño mío! — se pone a llorar sobre su pecho, convulsivamente.

—¿Qué te pasa, ahora?

—Es que no puedo soportar más el campo. Me ahoga esta felicidad... Aunque tú no lo creas: necesitamos saber que los demás van a comentarla perversamente, para sentirla. Yo ya no quisiera quedarme un día más aquí... Marta está tranquila y con-

tinúa ajena a cualquier sospecha: los demás, si saben algo, se guardan muy bien de hacerlo ver... No pasa nada, nada nos impide querernos a nuestro antojo.

—¿Y no es eso lo que se acerca más a la felicidad, no es eso lo que busca todo el mundo?

—Sí, es la felicidad misma, pero yo... yo no soy "todo el mundo". A mí eso me pone los nervios de punta. A veces ¡qué sé yo! me arañaría a mí misma... otras siento ganas de reirme a carcajadas, y debo contenerme... Yo siempre fui muy dueña de mí misma. Es el campo, es la quietud fatal del campo... Ahora, déjame.

Y otra vez se ha tirado a llorar sobre la alfombra de oro. A la mujer de la extraña sonrisa también ha acabado por poseerla aquel histerismo que en Marta — a pesar de que ellos no lo sientan ni quieran verlo — se define por una exasperación continua, trocada a veces en languidez que, aunque les parezca tranquilidad, es solamente un preludio inequívoco de la muerte.

Las palabras están de más para la enferma mientras queda frente a la inquietud de Nanita. Esta ya ha acabado por no interrogarla, por no intentar provocar ninguna reacción. Admira a aquella mujer; al mismo tiempo, la desprecia. No entiende el heroísmo en fórmula de pasividad.

Marta tiene, sin embargo, sus ataques de fatiga. Nadie se ha enterado de ello: coincidencia o esfuerzo de voluntad, pero nadie los ha sorprendido. Sólo la vieja, una vez, mientras iba a llevarle el te, vió aquel respirar anheloso, aquella faz desencajada, aquella lividez de muerte. Enseguida surgió la disculpa, el pretexto torpe, y, como única respuesta, el gesto comprensivo de Nanita.

Dos días más tarde el ataque repite.

Ahora ya es imposible ocultarlo. Marta se pa-

sea por toda la casa, ahogada, con una palidez horrible, imponente, pidiendo por favor un médico.

—No puedo más, Ernesto. Una inyección cualquiera... que me quede dormida para siempre...

Rostros de susto, carreras, el auto que sale de inmediato, desafiando al sol desesperado como un perro rabioso porque a esa hora todos le huyen, porque lo saben cruel.

Y frases tranquilizadoras de Vilma, que no pasan de frases. Porque mientras refugia a Marta en sus brazos, mientras la distrae y la convence de que aquello pasará, está pensando, sin quererlo, contra su misma voluntad, en los besos del amante que desparraman sus cabellos negroazulados sobre la alfombra de trigo, en sus caricias impetuosas y salvajes y en aquellos arrebatos que, por su misma arbitrariedad, lo hacen más necesario aún para sus labios ávidos y sabios, para toda su alma y todo su cuerpo...

## DE MARTA A FRED

“GOOD Luck”, en primer martes de abril.  
“Hijo mío: Aquí me tienes en la estancia, sin haber gustado casi la alegría de verte de nuevo. Mi pena, desde un principio, volvió a alejarnos, y sé que no consiguió siquiera traspasar tu actitud. ¿Es que ya no me quieres, que no tienes un solo recuerdo para tu mamá? ¡Y si vieras cómo te esperé, con qué ansiedad, con qué angustia! Me parecía que nunca habrías de regresar a mí.

Te he encontrado muy distinto, Fred, muy distinto. Casi estaría por creer que mi hijo quedó allá en París. ¿Cómo iba a suponer, por ejemplo, que no me acompañarías a la estancia, pretextando quehaceres, ocupaciones inverosímiles? Yo sé que no puedes tener una causa valedera; no invoques, pues, aquella que tanto me hizo sufrir en Europa... porque necesito de tí, Fred.

Ven a verme... Tu sola presencia puede alentarme a seguir en esta lucha. No has querido creerlo, lo sé, pero estoy muy enferma: quizá puedas hacerme muy pocas visitas... En estos días siento un gran cansancio, y escribir me cuesta una enormidad. No quiero, por eso mismo, releer estas líneas; y te pido que perdones su incoherencia. Cuéntame, cuéntame mucho de tí, Fred; lo ansia grandemente tu Mamá”.

## DE FRED A MARTA

Montevideo. Jueves.

"Madre del alma: ¿Qué te pasa? Más que en mujer, me has escrito en Rabindranath Tagore. Francamente, no esperaba de tí eso.

¡Oh, la influencia del campo! ¿No ves cómo tengo razón en huírle? Es cifra de simplicidad, de tristura. Tu carta es un desmayo azul. Exageras tu estado, lo adivino; todas las histéricas lo hacen. Pero para reaccionar, ¿qué mejor colaboradora que tu amiga Vilma?

A mí me costaría un poco acercarme de nuevo a tí. He cambiado mucho, mamá; tienes razón. Te sería difícil reconocer en mí al Fred que, dos años atrás, hacía el elogio de la luna. No, mamá, yo ya no estoy en la luna... Tampoco volverías a encontrarme aquel pedantón que creía que aquí no había mujeres, ni aventuras, ni calles.

Pero en cambio, puede ser que te asustara este nuevo Fred rabioso por cobrar su credulidad en una mujer cualquiera, ávido por satisfacer su deseo de represalia... Siempre el sentimental. Es una tara que me has legado y que no tengo más remedio que soportar.

Iré a verte pronto, sí; pero con tal de recibir misivas un poco menos Debussy y sí mucho más Honnegger. ¿Me explico? Te besa

Fred".

## DE MARTA A FRED

"Good Luck". Sábado.

¡"Good Luck"! ¿Qué sarcasmo este nombre de estancia, Fred! ¡"Good Luck"! ¡Es "bad", cada día más "bad".

Ya ves, te contesto casi en tus mismos términos... Mala, peor, cada vez peor. Y tus letras son tan de novela parisién, tienen tan poco de la limpieza, de la sinceridad que yo esperaba en una carta para tu madre enferma y sola, Fred, terriblemente sola!

Necesito que vengas a mi lado. Te lo exijo. Tengo una revelación que hacerte, aunque tú no quieras tratar de confortarme un poco; aunque me hayan abandonado todos, hasta tú. Es decir, todos no; porque tengo a mi sombra.

Y no estoy loca, ni siquiera histérica: eso es una mentira del doctor que no ha querido confesar lo que yo sé.

De ellos... prefiero no decirte nada. No, es todo lo contrario; necesito abrirte mi corazón, mi corazón cuyo soplo hace de mí un juguete inservible; necesito librarme de esta obsesión que no es posible que soporte más!

¿Comprendes? Quiero que me perdones, y quiero que veas que tu madre espera de tí solamente un poco de afecto que ilumine sus últimos días... Nada más, hijo mío. Te besa en la frente

Mamá".

\* \* \*

Palabras que cierran el paréntesis de una noche agitada. El muchacho ha querido enmarcar su hastío en dos brazos morenos, con una luna comprensiva, una brisa celestina y una música dislocada. Vale decir; ha ido a un baile de Carrasco. (Para las fechas en que se desarrollaron estos sucesos, el hotel de esa playa está cerrado. Pero los directores de "films" tenemos esta facultad de hacer lo que se nos antoje en cualquier sentido... mientras se trate del "rodaje" de la cinta).

¿Qué lo llevó allí? ¿Buscar una nueva mujer en la que encontrar su inquietud erótica? ¿Recordar el paseo de su pasión por las pistas de baile de toda Europa, frecuentadas por las horizontales elegantes o las que están deseando serlo? No lo sabe.

Pero su espíritu naufraga en el ambiente.

Cuando entra en la terraza, le sale al paso un recuerdo, deteniéndolo en la encrucijada de una sonrisa. Observa. Zapatillas de plata; piernas que aunque ocultas hasta el tobillo, se ríen a carcajadas, sobre la baranda de "portland"; poca gasa, tan poca que desnuda por completo la espalda, y, en cambio, mucha "pose"... Avanza. Escote impecable. Gotas de cristal sobre el maravilloso mate de la piel... etc., etc. (¿A qué el operador insiste en estos detalles? Si se tratara de una cortesana, iría púdicamente, correctamente vestida. Pero como está tan provocativa, puede asegurarse que es una chica "bien"). ¡Ya está! ¡Lita Romero! ¿Lita? ¿Pero es posible?

Ella se está riendo a más no poder. Mientras quiso hacerse el conquistador, puso, como casi todos los hombres en ese trance, una cara de perfecto imbécil; ahora que después de haberla reconocido, está asombrado, atónito, su expresión es, involuntariamente, de una ironía punzante, sutil.

Y entonces ella lo detiene con un "Fred" cuyo tono toca todos los límites. El desearía no saber interpretarlo.

Reacciona: ambos ya están de vuelta. Ambos ya han empezado a aprender. ¿Qué habrá querido decir Lita con ese "Fred"? Pudo ser tanto "gaznápiro", como "incauto", como "hombre terrible". Es como la sonrisa del mozo pendiente de la temperatura del balde; cinco pesos más de propina, un centímetro más de estiramiento. Unas monedas solamente... cinco centímetros menos y, por añadidura,

"champagne" tibio. Ahora, que como a simple vista no se calculan bien a veces los centímetros...

Lita Romero fué su amorío de la adolescencia. El primer tiempo del compás sentimental. Recuerda los encuentros en el tranvía; comentarios de las bromas del profesor, uniformes del "Sacré Coeur"... ¿Es aquella, Lita? ¿Es aquella ésta mujer de miradas turbias, de "poses" cinematográficas? Ahora se ha convertido en la chica del gran "éxito": sus coches nuevos, sus cigarrillos y sus paseos a solas con los amigos le han asegurado una aceptación envidiable entre los muchachos.

De entrada, no más, se ha colgado de sus solapas con gesto mimoso e insinuante:

—¡Tú aquí! ¡Y pensar que hemos estado en París y que no nos hemos visto!

—¡Vieras cuanto lo sentí cuando supe!...

—Farsas, no. Me hablaron de un "béguin". Era una rusa, ¿no? Sé que no has tenido mal gusto.

—¡Pero querida! ¿Oyes? ¡"Victoria... cantemos victoria... Ya estoy en la gloria... se fué mi mujer"! El tango te está diciendo mejor que yo que has sido poco oportuna. Y celosa...

—¿Celos? ¿Pero dé dónde sales, Fred? ¡Por favor! El amor es "cache", no se usa, no interesa ya a nadie.

El ritmo perezoso del tango los ha llevado a la mesa. Los bandoneones intentan una protesta ronca, sin eficacia. No se sabe si es porque, cansados de la "garconniere" añoran el suburbio, o si porque el diálogo mudo de los pies por bajo la mesa le resta títeres a su pantomima sensual.

Los ojos de Lita se han entornado. Cada parpadeo es una promesa nueva. Ya es innecesario hablar...

Fred aprieta los dientes. Golpearía a aquella muchacha impúdica, que destruye así, inconscientemente...

mente, el único refugio que tenía para su desengaño. Pero en cambio, las luces, la brisa y el "whisky", lo hacen responder a la presión de sus dedos ágiles.

Y luego se encaminan a un rincón de la terraza. Un minuto... Cuando vuelven, él se aplica su pañuelo a la boca. Ella, su barra de "rouge".

—Bailemos. Es un "fox". — propone Lita entre una bocanada de humo y un mohín de pilluelo.

Salen, se enlazan en una postura afectada, y después son un par de muñecos más...

Así pasan las horas en una atmósfera de vértigo. No se piensa. No se interroga. Las luces van y vienen; de repente las conversaciones parecen una cháchara de locos. Los labios de las mujeres tienen momentos de una provocación desconocida. La paleta del "croupier" lleva fichas de todos colores, ahoga carcajadas, inaugura sonrisas, concierta citas furtivas a cambio de las maravillosas plaquitas blancas.

Lo único puro de todo aquello — el amanecer en el mar — no llama la atención de nadie. Todos creen "sentir" algo, pero es algo que si se pusieran a definirlo...

A las cuatro de la mañana, el cielo usa un "robe de chambre" azul pastel. Luego se lo quita, lo arroja sobre el mar. Y al correr las cortinas de su lecho, todo queda de un color gris plata, casi blanco...

La aurora es una doncella diligente. El señor, por lo tanto, dormirá poco. Media hora más tarde, los tonos púrpura y lila en el horizonte anuncian que ella ha dispuesto las primeras flores en el cristaliño búcaro del aire. Luego descorre las cortinas del lecho y entrega a su amo, junto con el periódico, el convaleciente sol del amanecer... El cielo está ya despierto. Y se despereza acariciando con una brisa matinal a los últimos "autos" que recorren la costa como una exhalación.

Lita y sus amigos no quieren terminar la fiesta allí. Tampoco les resulta divertido quedarse en la terraza del hotel, a escuchar los tangos que, con la complicidad forzada del piano, ejecuta una señora "bien", y corean tres y cuatro amigos ebrios, balanceándose como si hicieran una imitación de los boteros del Volga. Es necesario algo **más original**.

Y de repente, ella propone:

—Vamos a jugar a la playa, muchachos.

¿Que los verán? No interesa. Alguna carcajada disipa los últimos escrúpulos de la "barra". Y una de las chicas refugia en su mantón de Manila un reparo frustrado. (La mayoría opina que oculta, en cambio, el efecto de los veinticinco vasos de "champagne" que ha tomado para ganarle una apuesta a Tony Career).

Todos corren hacia la playa. Trapecios, paralelas; recortes de acero sobre el cielo más puro de todos los cielos... Hay una atracción instintiva, animal, por los aparatos de gimnasia. En el tobogán se ve un grupo compacto y alegre: seis o siete que se deslizan, riendo tanto, tanto, que las muchachas no pueden ya llevar cuenta de los besos que les prodigan sus compañeros.

No, no cabe duda de que aquel es un epílogo divertido. Los padres tampoco "se usan". Y como lo saben, habrán ido a continuar la fiesta, por su lado, en cualquier "restaurant" del centro... Fred quiere aturdirse, no pensar, no ver siquiera. El viento de la mañana es un latigazo para el rostro. Pero el pensar, en aquellos momentos, debe ser un latigazo para el alma...

Por aquel alejamiento, Lita cree adivinar que él prefiere las efusiones a solas. La cuestión es bien sencilla: cuatro pasos de ida, otros cuatro de vuelta, un pañuelo y una barra de "rouge".

El prelude la anima y entonces propone:

—Mañana me llamarás por teléfono, ¿no es verdad? Mira, "chérie": podíamos...

Otro beso sabio, reposado, la interrumpe.

—No te entiendo. El amor no interesa ya a nadie, es una prueba de mal gusto... Dejemos eso, ahora. Ven, se me ha ocurrido una cosa: una Marathon con las chicas en brazos.

—¡Estupendo!

La propuesta tiene una acogida ruidosa. El único que no participa de ella es Tony. Le interesa más el solidarizarse con una arrepentida, que protesta, en un banco de la Rambla, contra aquel nuevo aspecto de la invasión yanqui.

—Están locos... Y esto nos pasa por no haber venido con una señora. ¡Qué vergüenza, señor, qué vergüenza!

—Vea, Adelita. No se complique la vida. Déjelos. Si se divierten, hacen bien.

—"Ellos" no me importan. Son las muchachas... ¡Parece mentira!

—¡Oh, a todos les gusta lo bueno!... — afirma él con gesto dubitativo y perverso.

Una cachetada. Punto final.

Y en la orilla, un tiro: comienzo.

—¡Se largó la carrera!

Lita va prendida del cuello de Fred. Admira la fortaleza del muchacho. A cada paso, los otros caen en un hacinamiento grotesco, entre grandes risas de los espectadores...

Varios "¡hurrahs!" señalan, unos minutos después, el fin.

Y al volver al coche, es cuando Fred, con auto-ridad, con lástima, casi con vergüenza, dice a Lita, la que fué una vez colegiala pura, tierna, llena de ensueños:

—No, Lita. Eso es un disparate. En serio. Lue-

go, más serena, lo verás mejor. Vamos a ser buenos amiguitos. Pero nada más.

—¡Nada más? ¡Tonto!

—¡Si tú fueras capaz de amar!... — concluye el muchacho traicionando su ironía.

Luego... Ochenta kilómetros por hora acaban con cualquier preocupación sentimental. Además, la velocidad siempre se alimenta de carcajadas.

De todos modos, ¿qué va a hacer él con llorar la pérdida de una ilusión más?

¿La vida? ¡Bah, bah, bah! como dice Tony...

EN la estancia hay ahora un nuevo amo: el miedo.

La diferencia que tiene con los demás es que a éste todos le hacen caso.

El sentimiento del miedo ha deshumanizado a todos los protagonistas. Su inconsciencia era una verdad. Su dolor es ahora una paradoja.

—Sí... Esas obleas calmarán la fatiga. Pero se lo repito: la solución está en el viaje. La consulta, amigo mío, es indispensable. Sí. Para tranquilidad de todos ustedes.

—¿Y usted doctor, qué piensa?

—Yo, que ésta es una cuestión de naturaleza física.

—Y la de Marta, ya...

Los puntos suspensivos se enredan en el apretón de manos. ¿A qué decir más? La lágrima de Ernesto es suficiente "mise-en-scène".

Desde esos momentos, para él, la vida es una hipertrofia de todas las sensaciones. Piensa en Marta. Toda aquella pantomima de las sonrisas, todo aquel ahogar sus miradas perdidas en las brazadas de retamas, todo aquel súbito acuerdo con impresiones y sugerencias tuyas que nunca había compartido... Todo aquel juego de hacer preparar mesillas en el jardín, para que un beso estuviera ya en el respirar aquel olor a madreSelva y para que una mirada intentara ya el ciclo completo de la sensualidad.

dad... Aquella comedia de dicha, de tanta bondad que traía, resultaba perversa.

—¡Qué mujer aquella, señor! ¡Qué mujer!

No sólo había tolerado; parecía que hasta los había precipitado a la culpa, heroicamente, sin remordimientos. Tan alta impresión tenía del amor. Para ella, el amor debía ser una ley física.

Todavía no podía sentirlo claramente Ernesto. Al escuchar al doctor, mientras por asociación recordaba las palabras de Michel, tenía una embriaguez de cinco visiones; relámpago extraño que languidecía en toda su rabia. El beso que desmayara a la virgen imprudente... Una copa de cristal que se hacía trizas en el vapor... Una noche en la "Rotonde", en que se preguntó estúpidamente por qué odiaba a Vilma, como si el odio tuviera explicación... El trigal doblándose, rindiéndose ante aquel cuerpo joven y felino de mujer, negando su oro ante el trazo de kohl... Y la sensación de verde deslumbradora, cintilante, vertiginosa, llena de facetas y reflejos, que lo poseía todo de extraña sensualidad cerebral cuando arrastraba su pasión por el campo.

\* \* \*

Y sin embargo, aquellas cosas que, de tan triviales, han adquirido en aquel momento de su vida una importancia suprema, lo impresionan vagamente, como si se tratara de otro y no de él, como cosa lejana.

—Sí, si nosotros tenemos la culpa de nuestro destino... No existe el "estaba escrito". Cuando nuestra amante recibe en su alcoba a nuestro mejor amigo, no lo hace porque debía de traicionarnos... Lo hace porque a fuerza de hablarle de él, de contarle sus habilidades y nuestras conversaciones, le hemos despertado la curiosidad... Y no podemos

considerar injusto que ella satisfaga una curiosidad. Somos nosotros quienes lo hemos empujado hacia allí...

Esto lo decía con aquella sonrisa de suficiencia cínica que había temblar a Doña Brígida y escandalizaba a Carlota, aquella solterona romántica como una botella de Naranja Crush, que leía a escondidas novelas de Paul Bourget, que soñaba con un director de Liceo — de esos con barbita y calzoncillos de lunares rojos — y que hacía reír a sus amigas, cuando aquel pelo color túnel se le transformaba, a la luz del sol, en cobre oxidado.

Ahora repite, también, la primera parte, como un "ritornelo". Pero sabe cómo, por eso mismo, lo espera el panorama oscuro de su culpa: con relámpagos de sensualidad y lujuria, de color y recuerdo.

\* \* \*

La carcajada de Lita resuena por el teléfono.

—He corrido las cortinas ¿sabes? Cuando está todo a oscuras, siento la impresión de que estoy sola contigo... Ahora debería quitarme el "peignoir"... ¿Qué? ¿Te ríes? ¿Qué significa el momento estúpido a base del cual se construye toda una conciencia ética? ¿No es preferible tener una conciencia estética? Yo cerebralizo, Fred. ¿Y bien? ¿Del amor no son lo mejor los preparativos, los presentimientos?..

—Criatura... ¡Qué cabecita de chorlo! ¿Pero crees que yo podría enamorarme de tí? Yo quiero y espero, en mi vida, una mujer...

—No seas cursi... ¿Quién habla de enamorarse? Ven: tomaremos un "cocktail" juntos... ¿Pasa a buscarte en la Bugatti? Macanudo. A las once.

Una mano estira un papel azul. Fred vacila... ¿A qué abrir el telegrama? Lo reclamarán. Alguna cosecha, tal vez. Muchas cosas fastidiosas. Tendrá tiempo más tarde.

Y, como no encuentra la corbata de las once, desaparece al instante en medio a una tempestad de camisas, de "pijamas", que remueven, en su vuelo, varios metros cúbicos de aire en su derredor.

\* \* \*

Regresa complacido. E inquieto. Adivina un almuerzo burgués — (cuánto más refinados somos, más concesiones a las comidas pantagruélicas) — un habano y el periódico...

Será un harakiri sibarítico. Su despedida del pasado consistirá en una última sonrisa en honor a la picardía de "La vie parisienne"... Su despedida a aquella vida estúpida la conserva todavía Lita en los labios, junto con el sabor de los "cocktails"... Se está tan bien, a veces, que a uno le dá lástima de sí mismo.

Va a clavarse el placer de aquella entrevista y de aquella expansión solitaria, en lo más hondo del alma. La tiene tan nublada de anhelos e inquietudes, que una sonrisa de la vida bastará para remover sus amarguras... Un harakiri de sibarita.

Va a fumar... No encuentra fósforos. Pero ahí están los leños que defienden al "living room" de aquel frío imprevisto, en pleno Abril... Lo encenderá con el papel del telegrama. ¿Para qué va a complicarse la vida con leerlo, ahora? Si lo necesitan ya volverán a llamarlo.

Y el "Mamá muy grave — Avisa médicos — Llegamos a las tres — Todavía hay esperanzas" — desaparece bajo la llama ansiosa y se prolonga en la bocanada de humo azul.

\* \* \*

Ernesto se lo ha llevado a una salita. Un sollozo de criatura que impresiona a Fred:

—No hay nada que hacer, no hay nada que hacer, no hay nada que hacer...

Parece más maquinal aquélla que el complot de los Aceros y los carburantes en los mil organismos mecánicos que son el latido de la ciudad. Fred observa, como si lo viera por primera vez, un desnudo de no sabe quién. No piensa en nada. Hace ya mucho rato. Apenas el oscuro brebaje del recuerdo: otro papel azul, la sinfonía rota de los grandes momentos, de los desastres; la imprecación contra lo fatal, la cárcel metálica del ascensor, carcajadas de radiolux, el no ser en el desfile de la calle, la visita a los médicos...

Recién despierta Fred cuando la madre, con una voz dolorida y extraña, le suplica:

—Hijo, hijito... Llévame a la ventana, por favor. Me ahogo, me ahogo. ¡Y es horrible morir así, sin aire!...

Es una visión de sanatorio aquella de los labios pálidos, la mirada rígida, el violeta de las ojeras. En el sanatorio se cloroformiza el instinto. La vida parece solamente un gran impulso de piedad. Fred sabe que aquella es todavía su madre; pero sabe también que ya no es una mujer. Por otra parte, la sombra de Marta ha dejado a su vez de bailar... Lo horroriza a Fred el tener que sentir piedad por su madre. Recuerda la sensación de asco a precios populares que se experimenta en los hospitales.

Y aunque ella está más aliviada — porque ignora que es la dosis de digitalina casi criminal lo que le improvisa unos minutos más de vida: — aunque cree que son la brisa, y los árboles, y el declinar de la tarde, los que le prestan su esencia vital para que aún pueda hacer su confesión, Fred no puede evitar el pensamiento de los pájaros necróforos, de las flores pudriéndose en la tumba, de toda la oscura miseria de la muerte que, como una "co-

cotte" en decadencia, se viste con el crespón del misterio.

La traiciona su azoramiento al sentir el llamado opaco de Marta. Y así escucha su último pedido:

—Dame un beso, Fred... Y llama a tu padre...

Cuando la besa, en sus labios queda el frío de la sombra. Acorta su imaginación y alarga los pasos. Y murmura con una voz inédita, la voz del "otro" que nos descubrimos algunas veces:

—Papá, ve: ella quiere verte.

El silencio es un gran maestro de ceremonias en aquella oportunidad. Ya no se oye en la habitación cercana el llanto de Vilma, cuyas huellas enjuga cuando la máscara involuntaria del estupor la identifica frente a Marta. Tampoco se oye el quejido de Nanita, persistente, remoto, como las elucubraciones del saxofón en un trozo de Ted Fiorito. La mujer gris, siempre leve, la perfecta criada, tiene también un dolor incoloro.

Siempre se ha reído Nanita de las sirvientas de las comedias italianas, astutas, con más secretos de galantería a cuestras que una vieja "danseuse", con ironías que les disputarían todos los novelistas, con un admirador brillante y espiritual, que todo el mundo cree que es el amante de la señora. Ha creído que hasta donde puede aspirar una criada es hasta el "chauffeur"... Y, por una estricta conciencia de su rol, anda a las vueltas con la confesión de Marta, vasija llena de agua hirviendo que le está quemando las manos. Le es imposible quedarse al lado de la moribunda. Y por otra parte — ¡Dios la perdone! — piensa cada cosa cuando está lejos de allí... Ya imagina a aquella mucamita húngara, rubia de un rubio agudísimo, como un espasmo, como una copa de ajeno — (¿quién los manda a Vds. no verlos rubios? Yo, aunque tampoco veo rubio a un espasmo, lo puse porque me parece que queda muy bien) —

robando flores de las que rodean al cajón, en la hora del "cognac", los cuentos picarescos y las caras desfiguradas, para decorar su entrevista con el amante, naturalmente "croupier". ¿Por qué? Pues porque es "húngarito"... ¡Qué horror! Su pensamiento se desboca; hasta hace chistes pésimos, como ese, que nunca se hubiera atrevido a imaginar. Y después de todo, es la vida que se impone. Las flores estarán mucho mejor allí, sobre el lecho, perfumando, en el instante del amor, cabellos de un rubio vertiginoso, que sobre...

—No haga esos espárragos, Filomena: al señor no le gustan. Creo que preferirá el pescado.

Ha divagado así para sustraerse a aquel mal pensamiento. Pero es peor: ahora cree que dijo: "La enferma está boqueando, nadie va a cenar... Será mejor ir desocupando la sala, porque pronto van a venir los de las pompas fúnebres..."

¡La tortura de pensar! Está asustada de sí misma. Hay que confiar en un milagro... Pretende engañarse. Todos pretenden engañarse. La visita de la muerte es como la visita de una de esas viejas harpías chismosas. Todos esperan que pasará por allí de largo, que si llega no se detendrá, que no sembrará su veneno... Cuando ya está, es necesario hacerle honores de dueño de casa. Por eso todos se largan a buscar oxígeno, a llamar por teléfono, a quién sabe qué...

Pero hay alguien que, como Marta ahora, a pesar del ritmo loco de su anhelosa respiración, protesta desesperadamente, aferrándose al que está a su lado:

—¡No la dejes, Fred, que me lleve! ¡Defiéndeme!  
¡¡No la dejes, no la dejes!!

Parecería Marta una figura de cera abrazada por un hombre, sin aquel perfume que penetra a raudales del jardín; sin el estupor del practicante;

sin aquellos detalles tan ajenos al momento que son los únicos que lo definen.

Pero así, bañado el cadáver en luz crepuscular, en la ventana abierta que le trajo la belleza suprema de la tarde; con el cabello suelto que apenas roza los hombros; la amalgama del color exangüe de su "deshabillé" y el lila de la tarde, y aquel revivir de las flores sobre los jarrones, en los que se yerguen con nuevo impulso, es la muerte de Marta tan descarnadamente real por razón de la misma vaguedad y fantasía de sus circunstancias, que todos se ven posesionados del sentimiento de exaltación, del color incierto de la hora, de aquel misterio fatal que rige al destino, cuando muere la amiga de las mujeres en la comedia de Pirandello, aprisionada por planos de sombra que desvanecen su lecho lejano, empapada de una púrpura que está en la atmósfera y en el sentimiento, envuelta en un cerco de espectros que se suicidan sin que nadie lo perciba.

## X

EL cortejo de los días oscuros trae a Ernesto la misma ofrenda. En la trampa del recuerdo se ha aprisionado su remordimiento. Y es inútil el desfile de amigos todas las tardes a la hora del te, trayendo de la calle frivolidades, ecos de escándalo, sonrisas de clisé. No le dan la impresión exterior que necesita. Porque sabe que, desde hace ocho o diez días, en las habitaciones solas y frías, entre Nanita, Fred y él están barajando un secreto. El juego terminará de un momento a otro. Tal vez cuando Vilma intervenga y el "croupier" del destino anuncie un pleno a la pasión o a la tragedia.

El no lo sabe aún. Ignora su perspectiva para el mañana. Ha quedado solo frente a unas palabras, y por más que las maneja entre sus dedos largos no acierta a desenredárselas. Unas palabras de Marta. Tan breves, tan dulces, tan enormes, y tan de mujer, que le suenan con la misma sensación de estupor con que, cuando pequeño, descubrió una vez y se quedó pensando en las que dijo Ana Bolena frente al verdugo, acariciándose el cuello: "Es pequeño, muy pequeño, verdad?"

Unas palabras definitivas y definidoras.

—Ernesto... No he podido evitar el enterarme de... Desde el principio. Sé feliz con ella; ambos tienen derecho a eso... Fuiste fuerte, luchaste hasta con el imposible. Tú y yo seguimos el camino de toda carne. Ernesto... ¡Que seas muy feliz!

Y luego, el cuchicheo de las viejas haciendo ronda a la maledicencia en el velorio. El análisis de la sangre, que resultó espesa, negra, envenenada por el disgusto. La lluvia de rosas que cubría a la muerta. Trotar de caballos. Caras de circunstancias. Taconeo acompasado. Apretones de manos... Y soledad, la soledad más espantosa, que es la de quien queda frente a su culpa.

Soledad que trae el convencimiento inesperado de que ahora ama a Marta más que nunca, de que hubiera dado su vida por aquella mujer fiel e inverosímil que supo llevar su dolor hasta el fin. Soledad en medio a las visitas, soledad en días de oro o de humo, que hace replegarse a Ernesto en un mutismo trágico, comentado apasionadamente por todos.

\* \* \*

Según ella, Vilma se cuida muy poco del "qué dirán"... A saber: viene por las tardes a la casa del duelo. Hace los honores con una expresión impecable de pariente cercana. Evita el mirarse con Ernesto. Y su duelo latente con Fred apenas permite el cruce de miradas. No llegan a herirse con el acero de las palabras cortantes.

Según ella, pues.

El teléfono, después de todo, es un recurso demasiado infantil. Una tarjeta caería en tantas manos... Y ni pensar en cambiar dos palabras a solas con Ernesto, pues los testigos abundan y los comentarios esperan la prueba para lanzar una quinta edición especial.

Por eso Vilma espera, refugiada entre los biombos de nácar y las cartas marinas auténticas que son el "ultra" en el dormitorio que le ha destinado Lita Romero en su casa de la ciudad; muros

tapizados de negro, sábanas de seda negra en la cama-diván... No es un estado de ánimo del paisaje muy propicio a su inquietud; sin embargo, no deja de tener novedad aquella habitación enigmática, que se le antoja un gabinete del doctor Caligari hecho para hilvanar su momento y madurar sus alquimias.

.....  
Por entre los cuatro protagonistas del oscuro suceso apenas han corrido veinte palabras. Se rehuyen, deliberadamente, las explicaciones. Fred se ha alejado de su padre; es cual un fantasma severo e inexorable, que recorre la casa sin hablar palabra, y que cuando encuentra a Nanita, se abraza a ella llorando, como si la vieja conservara todavía algo del aliento y del espíritu de la muerta.

Pero no tardará en llegar el minuto decisivo. Todos lo están presintiendo. Su nerviosidad misma lo empuja. Y por fin, una tarde brumosa, la primera en que Ernesto vuelve a sus oficinas después de la muerte de su mujer, las lágrimas del tiempo en los cristales animan a Vilma con un singular conjuro.

Y un timbre, una nube de polvos, el pomo de esencia, el tapado, un taxi y dos sonrisas hacen el prodigio de ponerla en quince minutos frente al amante.

—¿Tú aquí, Vilma? ¿Qué quiere decir ésto? ¿Pero no sabes que, a pesar del velo, pueden sospechar, descubrirte?

La extrañeza y los nervios de Ernesto están gritando en sus preguntas irritadas.

—Y eso, Ernesto, ¿qué significa frente al deseo de estar a tu lado? ¿Cómo crees que hubiera podido soportar más tiempo sin...?

Los labios húmedos hacen pasear un anhelo por sus caminos rojos. Y los párpados pintados de azul tienen tanta vaguedad de opio...

—Vilma, no; no es posible. Tú no puedes haberme olvidado tan pronto de todo.

En ese momento cae el saco de piel; unas violetas anuncian su perfume familiar, tan grato, y ella apoya sus manos en los hombros de él, mirándolo fijamente y con insistencia amorosa. Entonces murmura con lentitud:

—Ernesto... ¿Pero no te das cuenta? Estamos solos, solos ya... ¿No lo hemos soñado tantas veces? ¡Solos!... O es que me crees capaz de retroceder?

—No, Vilma, vete. Es mejor. ¡Ahora recién tengo los ojos bien abiertos! Te equivocas si pretendes renovar todo mi sufrimiento, toda mi tortura de estos últimos tiempos...

Y ella se yergue en un ímpetu de odio.

—Explicate. ¿A qué vienen esas palabras? ¿De qué me tienes que acusar?... Desvarías.

Y entonces borda una actitud conciliadora con el hilo de sus miradas trémulas:

—Bésame, Ernesto. Vuelve en tí. Por fin estamos solos...

Y es una ola roja; la bestia que dormía en el fondo celosa y a la que azuzaron para que despertara; un cuerpo que cae al suelo y un hilo de sangre que prolonga el "rouge" de los labios hasta el cuello.

—Fuimos dos canallas, sí, víbora, víbora! ¡Por qué no habré visto claro antes!

Para los espectadores de afuera, la escena es puramente expresionista. Un grito, y una sombra que se recorta a través del cristal, presionando con sus manos la puerta en una actitud desesperada. Nadie se atreve a inquirir nada. El "Privado" detiene a todos con un hermetismo de puerta de cárcel.

Un minuto después, sienten que el Sévres aca-

ba de hacerse trizas. Lo sienten así, perfectamente definido, porque es indudable que una porcelana de Sévres tiene que quebrarse de otra manera que las demás, que las comunes. Hay algo que corta el involuntario humorismo de esta reflexión; y es un grito de "¡Salvaje!" emitido con rabia y hasta con asco, que les revela que las cuatro paredes han estado conteniendo a duras penas la escena borrascosa.

La puerta se abre de repente. Igual que si cayera el telón. Porque una mujer embozada en un tapado de pieles y con un velo que cubre su rostro pálido, ha salido con tan desconcertante ligereza como la que ritmó el transcurso de aquel acto brevísimo de la comedia interior.

\* \* \*

Al sufrimiento de Ernesto se une así la sensación de su cobardía, de aquel ímpetu irresistible del cual se arrepiente como un loco cuando ha comprendido el alcance de su acción. Pero no pudo luchar contra él mismo. El arrebato salvaje era un enemigo que no lo dejaba reflexionar. No hay más que observarlo; pálido, demudado, los cabellos en remolino de plata, los dientes apretados...

Lo peor del caso es la expresión pasional y enloquecida con que lo miraba Vilma en los momentos en que la golpeaba para convencerla con sangre y crueldad del crimen de ambos. Había vuelto a ser la mujer impresionante, con un perfecto dominio de sí misma, completamente distinta a aquella histérica de la estancia en quien el campo produjo una sensación tan desequilibrada. Lo había convencido de que existen esas aberraciones psicológicas femeninas en que la violencia y el odio exasperan el sentimiento sensual. Después de todo,

ella era siempre la "femme"; y él el "pantín"... Mujer y pelele habían pasado por la escena violenta sin definir su situación el uno con respecto del otro, sin embargo.

Días después, Doña Brígida, en posesión de la magnífica nueva, la ha aderezado según su paladar y lanzado a la circulación con verdadera premura. Todos conocen ahora detalles del drama que los mismos personajes ni soñaron y la primera plana del chisme trae, todos los días, grandes títulos sensacionales para los "amateurs" que andan apurados por la calle. Y la cosa se torna tan de pesadilla, que un buen día Lita Romero anuncia que va a abrir la puerta a los comentarios, para reunirlos y echarlos al cesto de las cosas inútiles. ¡El procedimiento es tan fácil! Dará una reunión íntima.

Lo que parece difícil es el resultado.

—No, es inútil, me voy. Me voy para siempre, Lita. Te agradezco mucho todo; pero no es vida, no puede ser vida ésto... ¡Estoy harta de todo!

Esas palabras de Vilma lo definen.

—¿Pero no dijiste que te desentendías del "qué dirán"?

Y éstas de Lita introducen una variante de duda.

—Sí, cuando hay algo para sostenerse; pero en caso contrario...

Así anuncian los periódicos un día después la partida de Vilma para Europa en el "Gelria". En cuarenta y ocho horas se resolverán todos los inconvenientes del viaje... Hay algo que está determinando la determinación de la mujer, sin embargo; y es la promesa de la última tentativa, que la recorre toda de incertidumbre gris y de inefable languidez azul.

Tal promesa llega a ser realidad la tarde anterior a la de la partida. Víspera de un momento de-

finitivo, ¿por qué no ha de jugar en ella su última ficha?

Como esta vez está cansada, y el público de su "caso" apremia para que empiece el acto siguiente, Vilma decide emplear los mismos recursos de antes: "auto", flores, algún perfume que la encanta en los casos difíciles por su modestia, "kohl" y miradas turbias. Prescinde del velo. De todos modos...

Más tarde la recibe una voz ceremoniosa y medida:

—El señor no está. Acaba de partir por dos días a la estancia.

A aquella criada le hubiera tapado la boca. ¿Conque él acaba de huir en el instante decisivo? Vilma sonríe, y llora... Sonrisa complicada, de triunfo, por la convicción de que él tiene miedo todavía al influjo de la amante; llanto sereno y cinematográfico, porque ve que su viaje, su ternura con Marta, la comedia de todos los días y su obsesión por la novedad en los escenarios de aquella pasión culpable han sido perfectamente inútiles para atenuar el delito, y el fracaso de su amor... Si es que puede llamársele amor al cúmulo de contradicciones de aquella mujer, la de extraña sonrisa, que se coloca alternativamente en los límites de la vida, casi cual una criatura de medio camino: ni buena ni mala. En los recursos de su pasión ha sido esto último; pero en la esencia, ¿puede dejar de calificársela como buena?

Estas son la reflexión y la pregunta de Fred al tropezarse con ella y con su sonrisa perfectamente técnica.

—¡Hola, Fred, amigo mío! — le murmura con expresión de simplicidad.

Y el muchacho se vuelve, como buscando al "amigo"...

Entonces su voz se afirma y es aquietada hasta la exageración.

—Señora: sé que es Vd. una mujer inteligente. Esta vez ha tenido un rasgo relampagueante de oportunidad. Ya ve, mi padre se ha marchado y Vd. decidió lo mismo, seguramente para evitarme la vergüenza de lo que estoy por hacer desde el primer día: expulsarla a Vd. de esta casa... Si es que Vd. tiene un poco de conciencia, me felicito, porque así contará con una buena compañía en su viaje. Y nada más, señora. Buenas noches.

Una inclinación de cabeza, el timbre y la orden:

—Acompañe a esta señora a la puerta...

Así, virtualmente, acaba el drama.

\* \* \*

Vilma llega a casa de su amiga tan impresionada, tan desconcertada, tan sacudida por la rapidez de aquella jugada del destino, que apenas cambia unas palabras con Lita, se retira a su dormitorio y ni espera a sustituir su vestido por un "deshabillé"...

Porque se ha quedado dormida.

Tal su resolución frente a las alternativas de llanto, de anhelo, de inquietud, de cansancio, de sonrisa y de frío con que quiso su alma probarse en pocos instantes.

Dormida, profundamente dormida...

## XI

Y A Ernesto se sabe libre de aquella mujer. Sin embargo, la convicción de que todavía le falta obtener algo lo empuja de nuevo a la ciudad. Está seguro de tropezar allí con obligaciones fútiles, con la senestesia del mal acallado y con una incógnita. De lo primero se cuida muy poco; lo segundo le es necesario; y en cuanto a la incógnita...

(¡Qué útil nos es a los directores de "films" esta sensación inmediata, subconciente, de la incógnita que tiene el público! Adivina el tema desde el principio; pronostica el beso final... pero gusta de plantarse siempre una incógnita. Así en el juego, así en el amor, así en el gobierno de sus vidas. Y es que si no existiera esa sensación, la vida sólo nos inspiraría asco).

Intérpretando a algún transeúnte de pensamiento audaz, el sol de la tarde muerde los hombros femeninos. Hay un momento en que, por la calle, se pierde la noción de ciudad con aquel ensayo, renovado cada minuto, de naturaleza, que juegan en complicidad el follaje de los plátanos asfixiados en la urbe y el... (¿Por qué se les habrá ocurrido a nuestros antepasados nombrarlo astro-rey, disco de fuego, etc.? Por culpa de semejantes elucubraciones, a uno ahora hasta le da vergüenza mencionar al sol).

Las tres de la tarde es el estupefaciente más barato que se conoce.

Y Ernesto no se extraña de que la Nanita haya

recompuesto, antes de abrir la puerta, su máscara de cansancio. Todos los señores que se estimen tales creen que está bien armar una escenita de llegada, de cuando en cuando... La Nanita opina que, en ese sentido, Ernesto se considera demasiado señor. Y ha decidido detener esa tarde su arrebatado de aquella manera.

De las primeras palabras del amo devuelve el saludo y se queda, perpleja, con la pregunta entre las manos:

—¿Está Fred? Necesito verlo enseguida.

—No, señor... El niño... Sí, es decir, no debe tardar en venir — se atreve finalmente a responder.

—Yo no le pido que lo defienda. Sé que hace días que no pisa la casa — miente él con una seguridad que no podría asombrar a nadie, puesto que de todas las manías humanas, la mentira es una de las que se pone en práctica con mayor perfección. Hay otras algo menos inofensivas, como la de Esponceda, que tenía debilidad por la cárcel y no improvisó suficientes conspiraciones como para pasarse la vida en ella, y como la del papa Esteban VII, a quien gustaba ser precursor de la autopsia, para lo cual empezó por desenterrar el cadáver de su antecesor Formoso y hacerle cortar la cabeza. (Bueno, como el pueblo no estuvo de acuerdo, y lo mandó ahorcar "ipso facto", no se sabe si ésto fué realmente una manía o un entretenimiento pasajero).

—Le diré... — contesta Nanita. — El niño Fred ha venido dos veces en estos días. Y estuvo unos minutos. Yo no sé, señor, qué negocios...

—¡Negocios! Sí, algún negocio como el de la casa aquella. ¡Buen negocio! Está bien... En cuanto venga, avíseme. Dígale que lo espero.

Nanita casi no tiene tiempo de adivinar que él va a apresurar la muerte de una de las flores que ago-

nizan en un cristal, sobre la mesilla... Apenas lo ha intuido, ya el torbellino de pasos ha hecho crujir la escalera y la dalia yace en el suelo, estrujada por la mano nerviosa.

\* \* \*

El tic-tac exasperante; la sombra con olor a humedad; el "block" deshecho sobre la mesa del escritorio; un botellón con el "cherry-brandy" de rojo obsesionante... Ritornelo. Período que comienza a cada minuto. Un ambiente logrado para aquel gustar fatídico del aislamiento.

No se sabe cuánto tiempo ha pasado. La Nanita recogió en las puntas de su delantal todos los signos de vida que había allí y se los llevó hacia el "hall". Y en cambio, el silencio entró de rondón en la pieza. Ahora amordaza a Ernesto. Sólo existe la animación mecánica del tic-tac.

Vilma es, para él, un recuerdo cada vez más lejano y borroso. Marta es en cambio un primer plano; toda la sensación de su languidez, de su amor por los colores pálidos, del tono indefinido de sus cabellos está allí, incrustada en el límite de la carne y el espíritu, ahogándolo de una sensualidad sin sensualismo, ya ni siquiera cerebral; una sensualidad que empuja a las lágrimas.

Ernesto necesita el perdón de Fred. Apelará a él en segunda instancia. Aquel momento de su vida, aquel desborde afectivo, lo encuentra tan solo... El torrente lo ha invadido todo por primera vez. El mismo creyó en aguas detenidas: nunca tuvo un impulso de cordialidad, no trató de acercarse a nadie, ni siquiera a su hijo. Pero ahora...

Cuando vuelve Nanita, no quiere pensar cuánto tiempo ha pasado. El mismo se ha hecho su proce-

so; y está tan tranquilo como todos nosotros cuando nos llega un momento supremo.

—Ahí está el niño Fred, señor. Le he avisado...

Al alejarse otra vez, parece que ella hubiera juntado el silencio y se lo llevara de nuevo, para desparramarlo por los corredores fríos. Así prepara Nanita el camino a Fred.

Y cuando éste llega, todo está como si comenzara un primer acto benaventino; discurrir sobre la mañana, placidez en los semblantes, discreto que luego se anima y toca al amor, a la sociedad, a la ley, sin ahondar, sin pasar de alarde dialéctico. Todo ello se adivina en el "Hola, Fred" y en el "¿Qué tal, papá?", que se cruzan en la puerta, sin enfrentarse, reconociéndose sólo de lejos y por la fuerza de la costumbre.

—Siéntate, Fred. Toma, ahí tienes una copa de "cherry".

—Gracias. No tengo ganas.

El tono de su padre hace advertir al muchacho que el duelo quizá sea largo. No pedirá ayuda a nada, ni siquiera al licor. Está firme, decidido, austero, frente a la inquietud de Ernesto.

—Fred: supongo que... Vilma no vendrá más a esta casa, ¿verdad?

—Supones con toda exactitud: acaba de irse para siempre.

—Bueno, Fred: yo, francamente, no puedo... Yo vine para decirte que necesito de tí. Y que espero que desaparezca esta situación tirante entre los dos... Compréndeme. He querido dar yo el primer paso. La estancia, desde ayer, está escriturada a tu nombre, Fred.

—Muchas gracias — corta la contestación seca, irónica, el impulso de conciliación.

—Ya eres un hombre: te ha llegado el momento de pensar en que tienes que trabajar, y en que...

—No sigas. Adivino el reproche de siempre: lo de la carrera inconclusa. Mira: ahorrémonos estos preámbulos. No quiero hablar.

Aquella resistencia precipita otra dosis de licor en la copa y un paseo nervioso de Ernesto por el saloncito.

—¿Es decir que nunca tomarás una resolución, entonces? ¿De qué te sirve la juventud?

—Por ahora no interesa mi vida. ¿Somos cobardes, eh? Lo seguimos ocultando, cuando ya todo el mundo lo sabe, lo comenta...

—¿Qué?

—¿El crimen! ¡Tu crimen y el de esa mujer!...

—¿Fred! — grita Ernesto.

—¡Sí! ¡Ya no me voy a callar! ¡No puedo más! ¡Si es que todos hemos sido un poco culpables! Es necesario que lo sepas desde ya: mañana de mañana me voy para siempre.

—¿Pero estás loco! ¿Qué estás diciendo? ¿Cómo es posible que tú?...

—Sí, yo... Yo me voy. ¿Entiendes? La vida se me tornaría una pesadilla aquí. Yo me asfixio en esta casa. ¡Y cómo no iba a pasar todo lo que pasó? Todo fué artificial, ruin, todo... hasta esa pasión culpable...

—¡Basta, Fred, basta!

En aquel paréntesis, un sollozo de rabia del muchacho clausura el juego sostenido tantos días, de sonrisas hipócritas provocando los silencios forzados.

—Ya no es posible retroceder — piensa Fred... Y agrega:

—Yo no supe entender a mamá. No quise entender su resignación... Lo calló todo por mí, que creí malos su silencio y su tolerancia: por mí, que juzgué mal su actitud frente a toda esta farsa interior... ¡Pobre, pobre la santa de mamá!

—Por favor, no sigas, Fred. ¡Esto es horrible!

—Sí... No es el momento de buscar las causas de todo ¿verdad? ¡Pero son tan claras! Una vida de fiestas, de perfumes, de luces, de bebidas nuevas... Y siempre un París exterior de por medio. París en los trajes, París en las miradas, París en la traición... ¡por todas partes! ¡Qué asco de vida! Después de aquello, cómo voy a quedarme yo aquí, cómo podría quedarme?

—Fred, es que... — ya está velada y ronca la voz del padre.

—No sabría querer perdonar. Tú no fuiste más que un instrumento, ya lo sé... Pero de algo ha de servir todo ésto. Se acabó mi vida de antes. En estos días concluí las operaciones de arriendo de un campo... Me voy a trabajar... y quizá a encontrar también la mujer de mi vida.

—¿Es decir, Fred, que?...

—Se trata de un adiós para siempre, papá.

—Entonces, adiós, Fred — murmura Ernesto mientras las lágrimas recorren silenciosamente su rostro, que el dolor pareciera haber tallado en piedra.

Y cuando se cierra la última puerta, ya está de nuevo con él su señora la soledad. Su mirada se enredó en los hilos de una araña... Una araña que, por aquella expresión de éxtasis frustrado que le arranca, parece estar tejiendo, delante de él, la tela de su vida.

Es una angustia tan viva, tan pronta a romper en un sollozo la de aquel hombre, que excluye por sí sola el recurso maquinal del "cherry brandy".

En toda la habitación está ya el clima del insomnio. Su vida será desde ahora un largo insomnio de fracasado.

Y siempre el tic-tac... La araña que sigue tejiendo... De nuevo el tic-tac... Una tela que se extiende, que aprisiona a Marta, a Vilma Hansen, que luego lo alcanza a él mismo... Después, las imá-

genes se confunden, se superponen, todo se vuelve oscuro. El reloj... La tela de la vida... Y otra vez el tic-tac, aquel tic-tac fatídico...

\* \* \*

Y luego, días de sol. Pincel de brisa, que pareciera repartir el oro de la luz por la casa solitaria. De vez en cuando, pasos apresurados, frases frías, una taza de te... Renovación torpe y monótona de la farsa. Las preguntas siempre iguales:

—¿Quiere el señor los diarios de la mañana? o ¿A qué hora sirvo la cena?

Los primeros días, su dolor se reparte entre los momentos de abulia y las crisis histéricas. Los que llegan a la casa se llevan su mirada sin horizontes y su sonrisa milimetrada, exacta, sonrisa de "whisky".

Pero un día estalla su furor largamente contenido. Un día en que el aire cansino de la Nanita ha querido atajar una palabrota:

—¿Pero qué está haciendo aquí, mujer? ¿Vd. no era la profesora de Marta? ¿Y entonces? ¿Vd. sabe muy bien todo lo que pasó! ¿Cómo es que se queda conmigo? ¿Por qué no se va de una vez?

—Es que... Yo nunca he pensado en irme, señor... Todo lo mío está en esta casa. No podía suponer, no me hubiera imaginado nunca que Vd., ahora...

—Perdóneme. No supe lo que me decía. Es que...

Los silencios son allí el compás, la pauta de la vida. Y cada vez aquello irá peor. Sólo habrá monosílabos para cortar el frío de los gestos y de las miradas. Monosílabos que quedarán perdidos en los patios sin ecos. La soledad acabará por convertir a aquel hombre violento e irascible en un viejo maniático. Pero ella quedará allí, a pesar de todo...

Porque ella es la Nanita, la mujer gris, la que "nació pa sirvienta" — como decía aquella china regalona de su madre — "y sirvienta ha'e morir". Porque desde el rincón pobre de sus días, se olvidó ya de lo que significa protestar, de lo que significa reaccionar. Porque está tan atrozmente cansada de todo, que sólo espera un día, más oscuro y más silencioso que los otros, que venga a librarla de aquella cosa estúpida que es su vida...

Y nada más. Porque ella no pide nada más.

## XII

**L**A estación sonríe de luces y movimiento en la mañana clara. Toques de campana, pitadas y ruidos la visten de gritos agudos, como si se tratara de una hora de recreo infantil. Hay mujercitas de melenas breves y miradas largas; hay despedidas, lágrimas de glicerina a pesar del sol y del "rimmel", solapas manchadas de polvo. Hay caras de austeridad o indiferencia, como las de esos seres para los cuales el viajar no significa ni siquiera un accidente. La hora está preñada de nerviosismo. Y en toda ella flota la sonrisa de un sol bueno y la esperanza de un día mejor.

Tan viva es esta sensación, que a pesar del decaimiento de Fred, la alegría del instante logra hacerlo sonreír. Está muy apartado del apresuramiento de los viajes, y así parece sin duda alguna un filósofo viejo, de los que hacen cátedra de plazuela con un auditorio de bancos vacíos, pájaros y malvones en flor. Todavía, Fred es un sonámbulo.

Pero un grito de los conductores de bultos; las revistas que dejan encima del sobretodo los canillitas psicólogos; la mano tendida del que cargó las valijas hasta dejarlas en el camarote; un redoble de besos, de recomendaciones y de sombreros en alto, y la última pitada, le anuncian definitivamente la partida del tren... Y entonces deja correr su imaginación.

El paisaje, las vías extendidas como una pro-

mesa, la actividad mañanera de las estaciones que salen al paso como mujeres cansadas y cursis, le comunican una esperanza. ¡El mañana puede ser tan pleno! Lleva para conquistarlo un poco de amargura y otro de desilusión, y mucha fuerza, mucha juventud, mucho deseo de edificar sobre las ruinas del hogar deshecho. ¿Qué otra reacción pueden adoptar sus veinticuatro años un tanto ingenuos? Pide muy poco: dos ojos negros y una boca ávida y pura; viento cortante en las mañanas y brisa acariciadora en los ocasos sentimentales... Extender, extender la semilla de bien y de trabajo sobre la tierra indómita; extender su dominio de paz más allá del arroyo, más allá de la loma, más allá del alambrado imperativo e inflexible. Olvidar con ayuda de los galopes desenfrenados y de los días breves: hacerse de nuevo un carácter con la experiencia de lo pasado y con el anhelo de rendir su tributo máximo a la vida, a la "perfecta vampiresa".

La ciudad parece cada vez un sueño más lejano. Algún día volverá a ella, fuerte, poderoso, con un re-nuevo de energías y de amor, con una realización que lo haya hecho digno de la vida. Ya será imposible dejarse arrastrar por su sonrisa de sirena: cuando vuelva, entonces podrá conquistar sus bellezas, podrá gustar su maravillosa canción del crear y crear...

Mientras el tren corre, le van sonriendo al encuentro visiones que el tiempo ha gastado mucho para su retina, como las caras olvidadas que se encuentran después de muchos años en el álbum de retratos. Una mujer de caderas anchas y tez de bronce que contempla el paso del ferrocarril con la expresión estúpida de todas las mañanas, y en los brazos el hijo, que hasta en su llanto parece que iluminara la miseria de los días iguales. El gurí de ojos muy abiertos, en cuya sonrisa despuntan picar-

día criolla e inocencia increíble, de campo y de pobreza. Tapera. Cintos relucientes, aperos gastados y saludos monótonos. Más "gurises", más miseria, más mujeres. Y el tren avanza, avanza...

Montevideo-Buenos Aires. — Abril-Junio 1929.



I N D I C E

## I N D I C E

Dos palabras . . . . .	Pág.	7
“Episodio” . . . . .	”	15

ESTE LIBRO SE ACABO DE IMPRIMIR

EL DIA TREINTA DE ENERO

DE MIL NOVECIENTOS TREINTA,

EN LA EMPRESA EDITORA "CAMPO",

RIO BRANCO, 1478

MONTEVIDEO